Michel Onfray

TEORÍA DEL VIAJE

Poética de la geografía

taurus

Michel
Onfray

TEORÍA DEL VIAJE

Poética de
la geografía

taurus

Michel Onfray

Teoría del viaje

Poética de la geografía

Traducción de Juan Ramón Azaola

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Intrada

QUERER EL VIAJE

Al comienzo, bastante antes de todo gesto, de toda iniciativa y de toda voluntad deliberada de viajar, el cuerpo trabaja, al modo de los metales bajo la mordedura del sol. Sumido en la evidencia de los elementos, se mueve, se dilata, se tensa, se distiende y modifica sus volúmenes. Toda genealogía se pierde en las tibias aguas de un líquido amniótico, ese primitivo baño estelar en el que parpadean las estrellas con las que, más tarde, se fabrican mapas celestes y topografías luminosas, donde se señala y localiza a la Estrella del Pastor —que mi padre fue el primero en enseñarme— entre las diversas constelaciones. El deseo del viaje toma confusamente su fuente en ese agua lustral, tibia, se nutre extrañamente de ese manto metafísico y de esa ontología germinativa. No se hace uno un nómada impenitente si no es instruido en propia carne, en las horas en que el vientre materno es redondo como un globo, un mapamundi. El resto es el desarrollo de un pergamino ya escrito.

Más tarde, mucho más tarde, cada uno se descubre nómada o sedentario, aficionado al flujo, a los transportes, a los desplazamientos o apasionado por el estatismo, por el inmovilismo y por las raíces. Sin saberlo, algunos obedecen a tropismos imperiosos, padecen los campos magnéticos hiperbóreos o septentrionales, caen del lado del levante, basculan hacia poniente, se saben mortales, ciertamente, pero se experimentan como fragmentos de eternidad destinados a moverse sobre un planeta finito: viven de una manera parecida la energía que les afecta y la que anima al resto del mundo; igual de ciegamente, otros experimentan el deseo de radicación, conocen los placeres de lo local y la desconfianza respecto a lo global. Los primeros aman la ruta, larga e interminable, sinuosa y zigzagueante, los segundos disfrutan de la madriguera, oscura y profunda, húmeda y misteriosa. Estos dos principios existen menos en estado puro, a manera de

arquetipos, que como componentes indiscernibles en el detalle de cada individualidad.

Para representar estos dos modos de estar en el mundo, el relato genealógico y mitológico ha conformado al pastor y al agricultor. Estos dos mundos se proponen y se oponen. Con el tiempo, se convierten en el pretexto teórico para cuestiones metafísicas, ideológicas y luego políticas. El cosmopolitismo de los viajeros nómadas frente al nacionalismo de los campesinos sedentarios: esa oposición configura la historia desde el neolítico hasta las formas más contemporáneas del imperialismo. Todavía acosa las conciencias ante el inmediato horizonte del proyecto europeo o, más distante, pero igualmente seguro, del Estado universal.

Los pastores recorren vastas extensiones, apacientan los rebaños sin preocupación política o social: la organización comunitaria tribal supone algunas reglas, ciertamente, pero lo más sencillas posible; los agricultores se instalan, construyen, edifican, levantan poblados, ciudades, inventan la sociedad, la política, el Estado, y en consecuencia la Ley, el Derecho que sostiene un uso interesado de Dios vía la religión. Aparecen las iglesias, las catedrales y los campanarios indispensables para ritmar los tiempos del trabajo, de la oración y del ocio. El capitalismo puede nacer y con él hace eclosión la prisión. Todo lo que rechaza ese nuevo orden se opone a lo social: el nómada inquieta a los poderes, se convierte en el incontrolable, el electrón libre imposible de seguir y, por lo tanto, de fijar, de asignar.

El Antiguo Testamento no ha olvidado esta cuestión. Reléanse las páginas inaugurales del Génesis en las que podemos encontrarnos con Caín y Abel, dos hermanos destinados a la tragedia, condenados a la maldición. Conocemos más o menos la historia del fratricidio o del primer homicidio. Es más raro que nos acordemos del oficio de los dos protagonistas: el pastor de ganado y el agricultor, el hombre de los corderos en movimiento frente al de campo, el que permanece. Los caminantes, los vagabundos, los giróvagos, los pastores, los corredores, los viajeros, los deambuladores, los viandantes, los paseantes, los agrimensores, entonces, todavía y siempre, opuestos a los asentados, a los inmóviles, a los petrificados, a los que son como estatuas. El agua de los arroyos, que corre, inasible y viva, contra la condición mineral de las piedras muertas. El río, el árbol.

El agricultor mata entonces al pastor, el labrador asesina al cabrero. ¿Las razones? El afecto más nítidamente manifestado por Dios para con la futura

víctima. A fin de honrar al Creador, Abel ofrece a los recentales de su rebaño, y también grasa, Caín los frutos de su trabajo agrícola. Y, al parecer, el Todopoderoso concede más atención al pastor. No se sabe por qué. Envidioso, el labrador se arroja sobre su hermano y lo mata. Dios maldice a Caín y le castiga condenándole a errar. Génesis de la errancia: la maldición; genealogía del eterno viaje: la expiación. De ahí la anterioridad de una falta siempre aferrada al ser como una sombra maléfica. El viajero procede de la raza de Caín, tan querida por Baudelaire.

Cuando siglos más tarde un nazareno con mucha labia emprende la ascensión al Gólgota para ser allí crucificado entre dos ladrones, se dice —aunque el Nuevo Testamento permanece silencioso al respecto— que un individuo sin nombre, innombrado y en trance de hacerse innombrable, no quiso dar de beber al hombre que iba camino de su crucifixión. Por esa razón, el avaro que no ofreció ni un trago de agua al sediento fue maldecido y condenado, él también, a la maldición y a la errancia por los siglos de los siglos. Se trataba del judío que da origen al judío errante, destinado a caminar eternamente, maldito, junto a Caín.

El labrador fratricida y el judío egocéntrico nos recuerdan que la condena de la ausencia de domicilio fijo acompaña a la falta, al pecado y al error. Desde entonces, se asocia el viaje sin retorno a la voluntad punitiva de Dios. La ausencia de casa, de tierra, de suelo supone, antes bien, un gesto inapropiado, una pena causada a Dios. El esquema impregna el alma de los hombres desde hace siglos: los judíos, los zíngaros, los romanís, los gitanos, los bohemios, los calós y todas las gentes del viaje saben que todos les hemos querido, algún día, forzar al sedentarismo, cuando no les hemos negado el derecho mismo a existir. El viajero desagrada al Dios de los cristianos, indispone lo mismo a príncipes, a reyes, a gentes poderosas deseosas de hacer real la comunidad de la que se escapan siempre los errantes impenitentes, asociales e inaccesibles para los grupos arraigados.

Todas las ideologías dominantes ejercen su control, su dominación, entiéndase su violencia, sobre el nómada. Los imperios se constituyen siempre sobre la reducción a la nada de figuras errantes o de pueblos móviles. El nacionalsocialismo alemán celebró la raza aria sedentaria, arraigada, fija y nacional, al mismo tiempo que designaba a sus enemigos: los judíos y los gitanos nómadas, sin raíces, móviles y cosmopolitas, sin patrias, sin tierras. El estalinismo ruso procedió de la misma manera,

persiguiendo él también a los semitas y a los pueblos de pastores de las repúblicas caucásicas o sursiberianas.

El *pétainisme* francés eligió a las mismas víctimas expiatorias, al tiempo que celebraba a los sedentarios regionales, locales, patriotas, nacionalistas, a las gentes de la tierra, a los productos galos. ¿Qué falta se les reprochaba a esas figuras designadas? La de ser inasimilables a la comunidad, irreductibles, imposibles de gobernar, de dirigir. ¿Su castigo? La retención, la asignación de residencia, el encierro en recintos para el ganado, la alambrada, finalmente la destrucción, el gaseo, como con los animales dañinos. El capitalismo de hoy condena de modo parecido a la errancia, a la ausencia de domicilio o al desempleo a los individuos que rechaza y maldice. ¿Su crimen? Ser inasimilables para el mercado, la patria de los adinerados. ¿Su castigo? Los puentes, la calle, las aceras, las bocas de metro, las bodegas, las estaciones, los bancos: el envilecimiento de los cuerpos y la imposibilidad de un refugio, de un reposo.

El viajero concentra esos tropismos milenarios: el gusto por el movimiento, la pasión por el cambio, el deseo ferviente de movilidad, la incapacidad visceral de la comunión gregaria, la furia de la independencia, el culto de la libertad y la pasión por la improvisación de sus menores gestos y acciones, ama su capricho más que el de la sociedad, en la que se comporta a la manera de un extranjero, aprecia su autonomía claramente situada por encima de la salvación de la ciudad que habita como actor de una obra cuyo carácter de farsa no desconoce. Lejos de las ideologías del pueblo natal y de la tierra, del suelo de la nación y de la sangre de la raza, el errante cultiva la paradoja de la fuerte individualidad y no ignora que ahí se juega la oposición rebelde y radiante a las leyes colectivas. Zaratustra, que odia las ciudades y la vaca multicolor, le proporciona su figura tutelar.

Viajar supone por tanto rechazar el empleo del tiempo laborioso de la civilización en beneficio del ocio inventivo y feliz. El arte del viaje induce a una ética lúdica, una declaración de guerra a cuadricular y a cronometrar la existencia. La ciudad obliga al sedentarismo interpretable gracias a una abscisa espacial y a una ordenada temporal: estar siempre en un lugar dado en un momento preciso. De este modo, el individuo es controlado y detectado fácilmente por una autoridad. El nómada, por su parte, rechaza esa lógica que permite transformar el tiempo en dinero y la energía singular, el único bien del que se dispone, en moneda contante y sonante.

Marcharse, acomodarse al paso de los pastores, es experimentar un género de panteísmo extremadamente pagano y es volver a encontrar la huella de los antiguos dioses —dioses de las encrucijadas y del azar, de la fortuna y de la ebriedad, de la fecundidad y de la alegría, dioses de los caminos y de la comunicación, de la naturaleza y de la fatalidad— y romper las amarras con los obstáculos y las servidumbres del mundo moderno. La elección del planeta entero como periplo acarrea la condena de aquello que paraliza y somete: el Trabajo, la Familia y la Patria, al menos por lo que respecta a los obstáculos más visibles, más detectables.

En tanto que mónada autosuficiente, el viajero recusa el tiempo social, colectivo y restrictivo, en beneficio de un tiempo singular construido por duraciones subjetivas y por instantes festivos queridos y deseados. Asocial, insociable, irrecuperable, el nómada ignora el reloj y funciona con el sol y las estrellas, consulta las constelaciones y el recorrido del astro por el cielo, no tiene reloj sino un ojo de animal entrenado en distinguir las albas, las auroras, las tormentas, las escampadas, los crepúsculos, los eclipses, los cometas, los centelleos estelares, sabe leer la materia de las nubes y descifrar sus promesas, interpreta los vientos y conoce sus costumbres. El capricho gobierna sus proyectos con relación a los ritmos de la naturaleza. Él y su utilización del mundo, el resto no cuenta: por eso procede de los desterrados y los recusados. Cuando se pone en marcha, obedece a una fuerza que, surgida de su vientre y de las profundidades de su subconsciente, le coloca en el camino, le da el impulso y le abre el mundo como un fruto exótico, raro y dispendioso. Desde los primeros pasos, hace realidad su destino. Por las pistas y los senderos, en las estepas y los desiertos, en las calles de las megalópolis o la desolación de las pampas, sobre la ola profunda o en el aire atravesado por invisibles corrientes, sabe que es inevitable la cita con su sombra; no tiene elección.

ANTES

Elegir un destino

Una vez puesta la vista en el planisferio, por de pronto medimos mal las distancias. La escala no es clara y meridianamente significativa más que para los acróbatas en aritmética, los superdotados en cálculo. Me hace pensar en el chiliágono cartesiano: concebible mental y globalmente, es verdad, pero nunca en sus detalles. Intelectualmente entiendo bien un polígono de mil lados, pero de él no veo todas sus facetas. Por la misma razón, concibo bien la lejanía del cabo de Hornos y del estrecho de Bering o el significado de una vuelta al mundo completa, pero cómo no constatar que en materia de geografía tropezamos con las dificultades habitualmente reservadas a la teología con la cuestión de los nombres de Dios. ¿Cómo referirse al mundo con un mapa que se contenta con representarlo y reducirlo a convenciones conceptuales?

Inmediatamente nos encontramos atrapados en esta extraña paradoja: el planisferio parece pequeño y el mundo vasto, cuando lo cierto es a la inversa: el planisferio es vasto y pequeño el mundo. Pues, no obstante su naturaleza y su alejamiento, cualquier destino se alcanza hoy en día, la modernidad del transporte obliga, en plazos muy adecuados. Los lugares antiguamente más alejados —la India de Marco Polo, el África de René Caillié, el Oriente de Nerval, la Oceanía de Bougainville— se alcanzan ahora por vías de acceso trazadas sobre mapas definitivamente liberados de sus manchas blancas. Todos los destinos se han hecho posibles: cuestión de tiempo. En ese campo de posibilidades, ¿cómo elegir un lugar? ¿Qué escoger? ¿A qué renunciar? ¿Y por qué razones? Entre las combinaciones pensables, ¿cuál preferir y por qué?

De nuevo se impone ahí el determinismo genealógico. No se escogen los lugares predilectos, se es requerido por ellos. En el registro elemental de los filósofos presocráticos, cada uno puede descubrirse portador de una pasión por el agua, la tierra o el aire, circulando el fuego por el cuerpo mismo del

viajero. Los nómadas empedernidos proceden de un elemento que los recoge, los contiene, los anima y federa sus entusiasmos: el mar y las olas de los navegantes, las montañas y las llanuras de los caminantes, el éter y el azul de los aviadores, esos tres puntos cardinales orientan un movimiento sobre el globo en rotación bajo los dedos o sobre los mapas recorridos en su totalidad y escrutados al detalle.

Después, se disponen las combinaciones entre los elementos: uno quiere el agua fría del Ártico, otro los atolones y las corrientes cálidas del Pacífico, aquí se aspira a las tierras fértiles, tibias y húmedas del bosque tropical, allá se quieren los suelos ardientes y calcinados del desierto sahariano, el apasionado por el aire helado de las cumbres himaláyicas no se entusiasma por los paisajes del fanático de los monzones asiáticos o los azules y ocres del hijo visceral del Mediterráneo. Cada cuerpo aspira a reencontrar el elemento en el que se siente más a gusto y que fue anteriormente, en las horas placentarias o primeras, el proveedor de sensaciones y de placeres confusos pero memorables. Existe siempre una geografía que corresponde a un temperamento. Falta encontrarla.

Una palabra, un nombre, un lugar, un sitio concreto, legibles en el mapa, captan entonces la atención. El de un país, el de un curso de agua, el de una montaña, el de un volcán, el de un continente, el de una isla o el de una ciudad. Lo indistinto, lo visceral se reencuentran en una emoción desencadenada de pronto por un nombre fijado en la memoria: ir al Tíbet, ver el río Amur, ascender el monte Fuji, escalar el Etna, caminar por las colinas de Ngong, nadar en el océano Pacífico, atracar en Guernsey, visitar Adís Abeba, caminar por las calles de Cirene, navegar por la bahía de Along; cada cual dispone de una antigua mitología fabricada con lecturas de la infancia, recuerdos de familia, películas, fotos, imágenes escolares memorizadas sobre un mapa del mundo un día de melancolía al fondo de la clase. Luego se procede a actuar para hacer real el sueño antes de morir: permanecer en silencio en el lugar donde se juntan el Oriente y el Occidente, en el estrecho del Bósforo, marcar un tiempo de pausa ante el nacimiento de una senda africana de laterita roja, sentirse atónito en una calle de Nueva York ante los chorros de vapor que surgen de las bocas de las alcantarillas, retener la respiración al sobrevolar las lagunas de los arrecifes del océano Índico, constatar cómo palpita el corazón al franquear

el ecuador o al pasar el trópico de Capricornio, temblar de emoción más allá del círculo polar.

Soñar con un destino es obedecer al mandato que, en nosotros, expresa una voz extranjera. Pues una especie de demonio socrático formula y traza por nosotros ese relámpago que calcina en nuestro fuero interno lo indeciso, lo impreciso o lo confuso. A la manera en que el filósofo de Atenas se abandonaba a la palabra demiúrgica, dejaremos la elección de un lugar, la opción de un destino, a esa lengua extranjera hablada por nosotros mal que le pese a nuestro cuerpo —a menos que precisamente esa lengua se exprese mal que le pese a la razón—. Ante la multiplicidad de posibilidades, dice el demonio, a la voluntad le queda consentir. Entonces el dedo se detiene sobre el planisferio en las regiones del alma correspondientes. Practicándolo así no se cometen errores.

El cuerpo almacena imágenes transformadas en iconos. Ahora bien, nunca cultura alguna los ha celebrado tanto, en detrimento del libro y del concepto, como la nuestra. El texto va a desaparecer, el libro también, en beneficio de los signos icónicos, pixelados, escaneados, el espesor carnal de lo real recula en beneficio de su modalidad virtual: alcanzamos el apogeo de la imagen y, como siempre en parecida ocasión, el exceso mata la posibilidad misma de aquellas que verdaderamente podrían tener significado. Los lugares del mundo convergen hacia las pantallas informáticas o televisivas, tristemente parecidos a su realidad, pero encerrados, limitados por la restricción de la fidelidad sumaria. La probabilidad del viaje ricamente soñado disminuye con la reducción del mundo a sus apariencias. Triunfo platónico…

De ahí la necesaria celebración del libro y del papel en la constitución de un imaginario eficaz y rico. Mejor las novelas de Jules Verne o las de Paul d'Ivoi que los vídeos o los discos cargados de imágenes digitalizadas: el deseo del viaje se alimenta mejor de fantasmas literarios o poéticos que de propuestas empobrecidas por un exceso de apariencias de una realidad simplificada. La genealogía de iconos inconscientes útiles para elegir destinos gana celebrando el texto, el libro, la novela, el poema, el relato del viaje. Cualquier línea de un autor incluso mediocre aumenta más el deseo por el lugar descrito que unas fotografías, y menos aún unas películas, unos vídeos o unos reportajes. Entre el mundo y uno mismo, intercalaremos prioritariamente las palabras.

AUMENTAR EL DESEO

El viaje empieza en una biblioteca. O en una librería. De manera misteriosa, prosigue allí, con la claridad de esas razones que ya antes se esconden en el cuerpo. Al comienzo del nomadismo, por tanto, nos encontramos con el sedentarismo de las estanterías y de las salas de lectura, incluso el del domicilio en el que se acumulan las obras, los atlas, las novelas, los poemas y todos los libros que, de cerca o de lejos, contribuyen a la formulación, a la realización, a la concretización de la elección de un destino. Todos los rincones de una buena biblioteca conducen al sitio adecuado: el deseo de ver un animal extravagante, el de dar con una planta casi inencontrable, las ganas de divisar una mariposa rara, la aspiración a una veta geológica en una cantera, la voluntad de marchar bajo un cielo antaño frecuentado por un poeta, todo conduce al punto del globo del que llevamos ciegamente el signo.

El papel instruye las emociones, activa las sensaciones y ensancha la cercana posibilidad de percepciones ya preparadas. El cuerpo se inicia en las experiencias venideras frente a informaciones generalizadas. Toda documentación alimenta la iconografía de cada cual. La riqueza de un viaje necesita, con anterioridad, la densidad de una preparación —como se dispone uno a las experiencias espirituales invitando a su alma a la apertura, a la recepción de una verdad capaz de infundir—. La lectura actúa como rito iniciático, revela una mística pagana. El aumento del deseo desemboca luego en un placer refinado, elegante y singular. La existencia de un erotismo del viaje supone la superación de una necesidad natural a fin de suscitar la ocasión de un júbilo artificial y cultural. Llegar a un lugar del que se ignora todo condena a la indigencia existencial. En el viaje, descubrimos solamente aquello de lo que somos portadores. El vacío del viajero fabrica la vacuidad del viaje; su riqueza produce su excelencia.

Por lo tanto, los libros y, en primer lugar, el atlas: biblia del nómada necesariamente alimentado de geografía, de geología, de climatología, de hidrología, de topografía, de orografía. Sobre un mapa se efectúa nuestro primer viaje, el más mágico, ciertamente, el más misterioso, seguramente. Pues evolucionamos en una poética generalizada de nombres, de trazos, de volúmenes dibujados, de colores. Las convenciones explican el marrón de las cumbres, de las cadenas montañosas que ciñen y marcan los continentes: aquí, las Rocosas y la cordillera de los Andes que cortan verticalmente el continente americano, allá, esa línea sinusoidal que atraviesa Europa de oeste a este: Alpes, Cárpatos, Cáucaso y cadena del Himalaya; intensifican el azul de los abismos marinos, de los fondos profundos y oscuros: manchas en el océano Pacífico en medio de las cuales pululan las Espóradas Ecuatoriales, los archipiélagos filipinos, melanesios y polinesios, dorsales, fosas, cuencas y fracturas que rasgan o excavan el fondo de los océanos; en otro sitio, los vasos, venas, arterias y capilares de los ríos que recorre una sangre uniformemente azul: largo chorro longilíneo del flujo de las desembocaduras y los temblores de los manantiales, cursos eléctricos y serpentinos de los orígenes: el Amazonas, el Misisipi, el San Lorenzo, el Níger, el Nilo, el Ganges, el río Amarillo como una coronaria, una carótida, una aorta, una yugular desollada grabadas en una plancha de Vesalio.

Luego, al pasar la página, lejos del planeta contado según los accidentes naturales, un mapa político presenta el mismo mundo, pero esta vez con relación a los trazados culturales queridos por los hombres. Allí donde la geomorfología y la geología obedecen a los caprichos de las fuerzas telúricas, los planisferios cortados por el patrón de los actores de la historia fragmentan lo real en elementos de un puzle cuya disposición supone largas guerras, interminables conflictos. Las fronteras se riegan de sangre, se mueven, se modifican: Europa central, después del comunismo, obedece a otros trazados, ha conocido particiones, parcelaciones, estallidos. Nuevos países, fin de antiguas fórmulas. Antaño Austria-Hungría, hasta hace poco Yugoslavia, Checoslovaquia, hoy desaparecidas bajo el peso de nuevas voluntades políticas: Chequia, Eslovaquia, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina. Aniquilación del imperio soviético: los desvaríos humanos no cuentan para nada. De cara a la eternidad, la geografía triunfa, la historia se reduce a la espuma.

Además de los mapas físicos, marítimos y políticos, los atlas proponen también el trazado de las comunicaciones y de los husos horarios: después de la geología, la geografía, la historia y la política, la economía. Pues las líneas marítimas, los enlaces aéreos, las distancias en millas, las cifras a añadir para obtener las horas locales, las carreteras, los caminos, las vías férreas, los aeropuertos corresponden a los intercambios: flujos de hombres y mujeres, circulación de personas, idas y venidas de mercancías, transferencias de inteligencia, movilidades familiarizadas con las vías trazadas en los aires, sobre la tierra y por mar a fin de llevar a los ingenieros, a los comerciantes, a los banqueros, a los industriales, a los hombres de negocios al lugar de sus fechorías. Entre ellos, la inocente clase de los turistas en busca del sol, el esparcimiento y el gasto suntuario de sus ahorros anuales.

Rutas de navegación, por tanto: Port Louis-Bombay, para comprender a la población mauriciana, Nueva York-Río de Janeiro, para entender los vínculos entre las dos Américas, Londres-Arcángel, con el propósito de descubrir la relación entre la Europa comercial del mar del Norte y el acceso al mercado ruso entrando por el mar Blanco. Líneas aéreas, en ramilletes que producen el efecto de paraguas o sombrillas sobre el mundo: todas las grandes ciudades conectadas, en contacto, en relación, formando redes. Y luego, ferrocarriles, con trenes interminables: el Transiberiano, por supuesto, pero también Quebec-Vancouver, la travesía de este a oeste de Canadá, El Cairo-Jartum, rozando el descenso del Nilo, Bombay-Benarés, y otros destinos míticos. Por doquier motores y hombres conducidos, desplazados, transportados en migraciones perpetuamente reiteradas. Idas y vueltas, idas sin retornos. Un zumbido recorre toda la superficie del planeta con esos intercambios de individuos y de objetos, de informaciones y de proyectos.

El mundo no es lo que parece, ya que el centro de gravedad de las proyecciones nos engaña con ficciones. Un mapa enuncia la idea que tenemos del mundo, no su realidad. Cuando los primeros cartógrafos proponen sus dibujos, traicionan una teología, una concepción de la relación entre lo divino y lo humano, lo celeste y lo terrestre, reconocen la labor que ha hecho en ellos la época metafísica. Su mundo coincide con el mundo, y el mundo conocido con el único existente. Fuera de eso, nada: agua, y después el vacío. Todos los mapas sitúan como epicentro el corazón

de su representación intelectual. En la mayoría de los casos, uno mismo, la imagen y el reflejo de uno mismo. La visión soviética del mundo, por supuesto, rechazaba la de los americanos. La de los chinos de hoy ignora totalmente la nuestra, ofrecida por la proyección de Mercator, que instala a Europa en pleno centro de las tierras representables.

Para organizar esa realidad diversa, los geógrafos recurren a la geodesia. Matematizan lo real, lo geometrizan y lo encierran en husos, latitudes y longitudes. Escriben los trópicos, un ecuador, dos círculos polares, uno ártico, otro antártico, trazan un meridiano que atraviesa Greenwich en su centro y se amarra a los polos. El conjunto da lugar a una cuadrícula y a una localización posible por grados. No se puede proceder mejor para obtener un género de panóptica y dominar la diversidad a fin de producir una unidad legible y codificable. La fantasía del viajero circula por ese mundo de trazos y de líneas, de cifras y de nombres. Se alimenta de él en las primeras horas del deseo nómada.

Es verdad que el atlas dice lo esencial, pero no todo. A su postura conceptual le falta la carne aportada por la literatura y la poesía. Pues el poeta más que ningún otro instala su cuerpo subjetivo en medio del lugar frecuentado por su conciencia y su sensibilidad. Todas sus emociones, sus sensaciones, sus percepciones, todas sus historias singulares maduran en su alma fantasiosa y desembocan un día en un texto corto que ofrece la quintaesencia de las sinestesias caprichosas: oler colores, saborear perfumes, tocar sonidos, oír temperaturas, ver ruidos.

Practicar estos ejercicios confirma que viajar supone el desajuste de todos los sentidos, y luego su reactivación y su recapitulación en el verbo. Escribir un poema, desde un puente frente al agua destellante de un estuario desmesurado, junto a la ventanilla de un avión que sobrevuela Transilvania, en un café africano perdido en medio de miles de hectáreas sin un alma viviente alrededor, emborronar el arrugado papel en el vestíbulo de un aeropuerto, en la habitación de un hotel egipcio en el que la ventilación abate el aire sobre la desnudez de un cuerpo cansado es pedirles a las palabras el poder alquimista de los atanores: verter en el hueco de su experiencia algo con lo que llevar a los metales a la incandescencia y obtener oro de un puñado de imágenes que permanecen.

Leer un poema permite acceder al imaginario de una subjetividad infundida por el lugar. De ahí las colisiones intelectuales, los atajos

espirituales y mentales, los cohetes afectivos que buscan el alma, incitan y extasían los sentidos. El poeta transforma la multiplicidad de sensaciones en un depósito reducido de imágenes incandescentes destinadas a ampliar nuestras propias percepciones. Todos los viajeros cuentan sus peregrinaciones en cartas, cuadernos, relatos. Solo unos pocos quintaesencian sus desplazamientos en un poemario. La China de Claudel, el Tíbet de Segalen, las Antillas de Saint-John Perse, el Ecuador de Michaux, el México de Artaud, la Europa de Rilke, incluso la poesía de los videntes que viven y frecuentan sus ciudades como visionarios, Apollinaire en París, Pessoa en Lisboa o Borges en Buenos Aires…

Después del Atlas y del Poema, esas dos formas *a posteriori* de la sensibilidad, la Prosa toma el relevo. Expresa de otro modo, de manera menor, más diluida, lo que el poeta transfigura en resplandores. Los relatos de viajes rebosan detalles. A veces consignan día tras día el transcurso de una triste agenda. Allí donde el mapa y los versos conceptualizan absolutamente, practican la abstracción de la quintaesencia, la prosa ofrece un ritmo más lento, más largo. Se toma su tiempo. Como la correspondencia. Se da cuenta de un paisaje, una comida, un encuentro, un monumento, una emoción, una fatiga, se señala un trayecto, se detalla un itinerario, se recogen anécdotas, peripecias. La materia parece más abundante que en un soneto o en versos libres, pero, indiscutiblemente, se revela menos rica.

Nos quedan las obras que proporcionan una abundancia de informaciones prácticas. Las Utilidades, las Guías. También hacen soñar, pero con otros recursos, otros auxilios. Direcciones, puntos de referencia, indicaciones técnicas para telefonear, franquear correo, vestirse, hacer una maleta, comer, alojarse; detalles sobre las especialidades culinarias, los vinos, las bebidas, las horas de las comidas, las costumbres sociales, los cambios de moneda, el uso de taxis; síntesis históricas, invitaciones a visitar un museo, a fijarse en una obra en una sala, fechas fundacionales; notas sobre la fauna, la flora, el clima; extractos literarios clásicos, los imprescindibles del fragmento escogido para el viaje; resúmenes de la civilización, planos generales y otros detallados, nombres de calles, mapas, planos. Un breviario para una vida cotidiana de lo menudo, lo ínfimo. Libros menos para leer que para hojear, para recorrer, para tomar y retomar, para consultar.

En efecto, la Guía, la Prosa, el Poema, el Atlas ofrecen la ocasión de lo que Plotino llamaba una dialéctica descendente: detalles, recuerdos, ideas, concepto, todo contribuye a la solicitud del deseo: lo descubrimos, lo entretenemos, lo alimentamos, y luego disfrutamos de él, nos construye tanto como lo construimos. De una manera al fin y al cabo platónica invocamos la idea de un lugar, el concepto de un viaje, y luego nos vamos a verificar la existencia real y factual del lugar ambicionado, entrevisto por los iconos, las imágenes y las palabras. Soñar un lugar, en ese estado de ánimo, permite menos encontrarlo que reencontrarlo. Todo viaje vela y desvela una reminiscencia.

Intervalo I

Habitar el intervalo

¿En qué momento comienza realmente el viaje? Las ganas, el deseo, ciertamente, la lectura, por supuesto todo eso define el proyecto, pero ¿cuándo podemos dar por iniciado el viaje mismo? ¿Cuándo tomamos la decisión de partir y de ir a un lugar en vez de a otro? ¿Cuando cerramos una maleta o cerramos un bolso de viaje? No. Y es que existe un momento singular, perceptible, una fecha de nacimiento evidente, un gesto signatario del comienzo: desde el movimiento de llave en la cerradura de la puerta de nuestro domicilio, cuando cerramos y dejamos atrás nuestra casa, nuestro puerto de atraque. En ese preciso instante debuta el viaje propiamente dicho.

El primer paso nos instala, de facto, en un intervalo en el que impera una lógica especial: ya no en el lugar que se ha dejado, todavía no en el lugar pretendido. Flotando, vagamente unido a dos mojones, en un estado de ingravidez espacial y temporal, cultural y social, el viajero penetra en la tierra de nadie como si abordase las costas de una isla singular. Cada vez más lejos de su domicilio, cada vez menos alejado de su destino, el individuo que circula por esa zona blanca, neutra, supera ficticiamente una pendiente ascendente, alcanza un punto cenital y luego inicia un descenso. Se viene de, se va hacia, se acumulan los kilómetros que separan de lo de uno, se reducen los que nos acercan a lo de otros. Ese mundo de lo intermedio obedece a leyes propias, ignorantes de las que rigen las relaciones humanas habituales.

Avión, barco, tren, coche o autobús, se comparte un espacio común durante el tiempo de paso de un punto al otro. La cabina de vuelo, el pontón, el vagón, la banqueta, el habitáculo ofrecen ocasiones de proximidad, incluso de promiscuidad, que fuerzan a la relación u obligan a la conversación. En ese microcosmos comunitario tiene lugar una intersubjetividad limitada en el tiempo. A partir de la llegada al aeropuerto,

al puerto, a la estación, al aparcamiento, esa sociedad se deshace en la mayoría de los casos. Se descompone tan pronto como desaparecen las razones aleatorias de estar juntos.

Podemos hablar, simpatizar, intercambiar, contarnos la vida sin complejos, sin contención, pues el ambiente lo permite de manera extraña. Reina en esos lugares una atmósfera particular consubstancial a la circunstancia del intervalo: un tipo de abandono parecido al de las salas de espera médicas o posiblemente de los gabinetes de analistas. Lejos de las rigideces sociales y de las convenciones civilizadas, de las reglas colectivas y de los hábitos comunitarios, el viajero se codea con un mundo dudoso de gente inclinada a la confidencia, a lo que Heidegger llama palabrería: una especie de decadencia de la palabra, una práctica compensatoria, tal vez, de la angustia generada por el abandono del domicilio y la llegada a un mundo sin referencia.

En ese intercambio de palabras por ellas mismas, que parece haberse convertido en una finalidad y no en un medio de comunicarse, la superficie verbal se impone a la profundidad intelectual. Se cuentan cosas sin importancia, se detallan trozos de existencia, se insiste en fragmentos de vida insípida transformados en momentos álgidos susceptibles de hacernos parecer importantes, esenciales, notables. En la tierra de nadie, la proximidad genera la palabrería y sus objetos predilectos: las peripecias del viaje, las confidencias banales, vagas consideraciones acerca de cómo va el mundo, autobiografía transformada en epopeya.

Además de lugar del verbo desmonetizado, el intervalo lo es también de los cruces simétricos. Su población se constituye mediante un flujo y reflujo de olas: una va hacia, otra vuelve de; los que parten adoptan, aguas arriba, la vestimenta de los que vuelven. Los primeros inician el movimiento ascendente de su viaje, dejan su domicilio tras ellos, los segundos abordan el movimiento descendente y vuelven a sus casas. En este espacio mental se cruzan gentes ávidas de ver e individuos saciados de cosas vistas. Los que aspiran a los recuerdos comparten el tiempo con los que traen una cantidad importante de ellos. La impresión de espejo reina en el lugar: cada cual se siente el inverso del otro, su exacto contrapunto, semejante, pero exactamente en la relación del anverso y el reverso de la misma moneda. Las fuerzas opuestas se equilibran y crean una extraña suspensión mental.

Ese lugar de extraterritorialidad no parece gobernado por lengua alguna, ni por ningún tiempo. ¿Qué idioma hablar, por ejemplo, cuando entramos en el avión? ¿El del país que se deja o el del país de destino? ¿En qué lugar viajamos una vez confinados en el aire? ¿El de la ley que supone el espacio aéreo propiedad del país sobrevolado? ¿Qué punto del cielo permite afirmar rotundamente que se ha franqueado una frontera? Lo mismo cabe decir del barco que surca aguas internacionales. E igualmente respecto a la hora que es en un destino en el que rige una diferencia horaria: ¿la hora del lugar de salida o la del lugar de llegada? ¿Hora específica de un tiempo universal? ¿En qué momento haremos girar las manecillas del reloj? ¿Exactamente en la mitad de los kilómetros recorridos? En realidad, todos padecemos el inglés universal y el ritmo socialmente impuesto por las bandejas de comida distribuidas en los vuelos de larga distancia. Solo ellas ofrecen un indicio de lo social al suministrar referencias: el tipo de alimento obliga a vivir según si marca la hora del despertar o de la media jornada, del almuerzo o de la cena.

En los intervalos, cuando las referencias de civilización desaparecen, el cuerpo tiende a recuperar sus señales naturales y obedece más fervientemente a la soberanía de sus ritmos biológicos: come y bebe cuando tiene hambre y sed, y duerme en el momento en que el sueño lo requiere. Ese tiempo se relaciona de un modo distante, por demasiado breve, con las experiencias de aislamiento y confinamiento vividas por los espeleólogos. Al prescindir de los cálculos, de las máquinas de medir el tiempo, de los relojes, al suprimir las referencias naturales (amaneceres y puestas de sol, alternancia del día y la noche), el cuerpo va hacia su verdad profunda y visceral, animal. En el intervalo se experimenta esa subjetividad radical, que pone en marcha unas lógicas que nos son desconocidas. Al celebrar ese reencuentro con los tiempos biológicos, al jugar con las diferencias entre cuerpo social y cuerpo natural, civilización y biología, cada individualidad conoce el placer de sentir vivo a su cuerpo, moldeado por algo más grande y más fuerte que él.

El intervalo genera por tanto una geografía particular, ni aquí ni en otro lugar, una historia propia, ni arraigada ni atópica, un espacio nuevo, ni fijo ni inaprensible, un tiempo distinto, ni medible ni plano, una comunidad nueva, ni estable ni duradera. Lugar de los cruces, superficie de las extraterritorialidades, induce islotes de sensaciones productoras de

archipiélagos aleatorios destinados a la descomposición. Entre el lugar que se ha dejado y la tierra pisada a la llegada, llevado sobre el agua, por el aire, o desplazándose en una traslación que le aísla del suelo, el viajero descubre algunas novedades metafísicas: las alegrías de la comunidad hecha realidad ocasionalmente en la insignificancia compartida, la práctica de la duración como un flujo aturdidor, la impresión de habitar un lugar fabricado por completo por la velocidad del desplazamiento. En esa mágica espera, se inicia sólidamente el viaje.

Durante

HACER REALIDAD LA AMISTAD

Es verdad que uno puede viajar solo, pero con la certeza de estar sin cesar frente a uno mismo, en cada detalle, noche y día, las horas fastas y nefastas. Momentos felices o momentos tristes, segundos melancólicos o alegres, deseo de aislamiento o voluntad de compartir: en todos los casos, debemos soportarnos, aceptar la propia compañía. Esa no es siempre la mejor fórmula. Pero si la soledad obliga efectivamente a la certeza de vivir con uno mismo permanentemente, el grupo, por su parte, impide el disfrutar por sí mismo. Frente a sí mismo o frente a los demás, la alternativa no parece nada feliz. Ni el viaje solitario ni su fórmula tribal o gregaria parecen ofrecer buenas ocasiones para hacer real una verdadera comunidad hedonista.

En cambio, viajar a dúo me parece ilustrar una fórmula romana, pues permite una amistad construida, fabricada día tras día, pieza por pieza. A nuestro Occidente cristianizado no le gusta la amistad, rápidamente devenida una virtud sospechosa por antinómica con la religión social, familiarista y comunitaria. Además, el auge burgués del matrimonio por amor vuelve caduco ese ejercicio pagano: en la pareja se le pide ya al otro interpretar el conjunto de los papeles afectivos, comprendido el de confidente o camarada. La conyugalidad, la cohabitación, el tropismo genitor acaban con la amistad como posibilidad existencial y ética. La excelencia de esta figura de la intersubjetividad antigua desaparece íntegramente con las prácticas modernas de la camaradería, del amiguismo, de la relación mundana, de la pobre frecuentación destinada a conjurar la soledad al menor coste. Se come, se cena, se pasa juntos un fin de semana, se distribuyen los papeles de padrinos y madrinas con ocasión del bautismo de los niños respectivos, se reúne a los cónyuges en los ágapes, es verdad, pero se deja de ser dos, ya no se practica la amistad, pronto ya no se creerá en ella, quedará por enterrar el cadáver de una bella historia descompuesta.

Viajar con otro supone la elección. Nada peor que el comparsa obligado, el vecino exultante que se vale de un destino común para imponerse. Pobres de nosotros cuando el parásito llegado de ninguna parte se aprovecha de nuestra soledad, y sobre todo de la suya, para infligirnos su conversación, su presencia, su parloteo. Malditos sean los grupos deseosos de agregarnos a su comunidad indeseable porque no soportan a un individuo aislado, sin ataduras manifiestas y visibles. Viajar con otro permite poner distancia con los indeseables marginados, así como escoger a los individuos realmente elegidos. Ser dos dispensa de los avatares de ser uno y de los inconvenientes de ser más.

Ni solo ni con muchos más, circular con un amigo permite evitar la inquietud aumentada del trayecto solitario, de la barrera de las lenguas extranjeras, de las gestiones y las molestias burocráticas en las fronteras, en las comisarías, con los funcionarios, las policías, fuerzas armadas y gendarmerías del mundo. El extranjero que circula libremente por un país inquieta a las autoridades, tanto más allá donde no reina la democracia, que es como decir en la mayoría de los lugares del planeta. La amistad proporciona el tónico necesario para conjurar el estado de fragilidad consustancial al alejamiento del domicilio, lejos de las referencias y de las señales habitualmente tranquilizantes para el animal que hay en nosotros.

En el ejercicio de la amistad disponemos, con el otro, de una tercera parte que es lo menos tercera parte posible. Con ese otro se experimentan el reparto, el intercambio, el silencio, el cansancio, el proyecto, la realización, la risa, la tensión, la relajación, la emoción, la complicidad. Su presencia se manifiesta antes del viaje, después y durante. En su fase ascendente, en su movimiento descendente, en el tiempo del deseo, en el del acontecimiento, en el del recuerdo y en el de la reiteración, está ahí, indefectible y necesario. En el instante, en el momento, hace posible la única verdadera comunidad pensable, la de las complicidades incorpóreas que el tiempo bonifica y mejora. El viaje fabrica la amistad del mismo modo que a la inversa. Un mismo tiempo experimentado como capilaridad nutre sustancialmente esa transfiguración del uno por el otro.

En el detalle del viaje, la amistad permite el descubrimiento de uno mismo y del otro. Se vive ante sus ojos, cotidianamente, con estados de espíritu diferentes, múltiples y contradictorios. Pues la fatiga contribuye a la exacerbación de las auténticas naturalezas. Andar, caminar, ir y venir, comer

poco, mal, beber demasiado o no lo suficiente, levantarse pronto, acostarse tarde para aprovechar profusamente del lugar y de las circunstancias, todas esas ocasiones dejan al cuerpo trastornado. Más frágil, pero también más sensible, lastimado, con la emoción a flor de piel, afinado como un instrumento extremadamente eficaz, el cuerpo se convierte en un sismógrafo hipersensible y, por lo tanto, susceptible al exceso. En esa lógica, donde lo infinitesimal cuenta mucho, la amistad se manifiesta en todo su esplendor.

Esa virtud sublime se vive, no se sueña. La realización de un viaje formula una comunidad singular: allí donde el amor parece frágil, dependiente del hábito de los cuerpos carnales, la amistad conoce una auténtica fuerza, despreocupada e independiente de los tormentos amorosos. La amistad, ese amor sin cuerpo, genera un uso común del tiempo, del espacio y de la energía. Entre amigos, entonces, todo es común sobre el principio del contrapunto: la fuerza del uno compensa la debilidad del otro, el cansancio del primero apela a la resistencia del segundo, la carencia aquí induce a la plenitud allá.

Un mismo magnetismo circula entre los dos seres e irriga las almas con un ardor sin igual. A la manera de la armonía musical, las diferencias armonizadas producen complementariedades, completitudes, una especie de obra melodiosa. La suma de las dos entidades produce una tercera figura que decide el contenido, la forma y el desarrollo del viaje. Las ganas, las aspiraciones, las determinaciones, las voluntades pulverizan los cansancios, los hastíos, las indolencias, las debilidades. La improvisación nómada supone la toma en consideración del tercer deseo y, lejos de dificultar el movimiento del uno, esa molestia genera nuevas posibilidades para el otro. Todo aquello que afectaría a un individuo solo no les afecta a dos amigos juntos, sino que galvaniza y moviliza su energía con el potencial de una realización común.

En un viaje digno de tal nombre el amor se vería expuesto, fragilizado. Por ejemplo, en la relación con el otro sexo, soslayada o prohibida en su espontaneidad en un viaje de enamorados. La posibilidad de encontrarse libremente con las mujeres de un país, para hablar, reír, discutir, intercambiar, sin que necesariamente se dé la preocupación por una aventura sexual, se ve obstaculizada por la presencia de la esposa, de la compañera, del ligue. Del mismo modo, las mujeres padecen el parasitismo

de un marido, de un esposo o de un compañero en sus relaciones con los hombres autóctonos. Como gemelos, como andróginos felices, los amigos fabrican el viaje que, en cambio, y en un gesto paradójico y singular, los constituye en su intimidad. Partir con tu amigo ofrece la certeza de ir al encuentro de placeres diamantinos.

ATRAPAR LA MEMORIA

El poeta recluido en el Harar invitaba al desorden de todos los sentidos y a la necesidad de fijar los vértigos[1]. ¿Cómo proceder con las ebriedades inducidas por el viaje? ¿Escribir? ¿Tomar notas?¿Dibujar? ¿Enviar cartas? De ser así, ¿breves o largas? ¿Preferir tarjetas postales? ¿Fotografiar? ¿Llevar consigo cuadernos en los que se consignen croquis y frases, palabras y siluetas, cifras y cantidades? De molesquín o de cuero, de cartón o en tela, encuadernados o en rústica, bellamente forrados o negligentemente deteriorados: ¿qué fetichismos para esos objetos cotidianos presentes en todas las circunstancias? El viajero no sabría economizar en un soporte en el que fijar las emociones consustanciales a los desplazamientos.

Y es que no retenemos nunca la integridad del flujo constante de informaciones. En efecto, el viaje proporciona una ocasión de ensanchar los cinco sentidos: oler y oír más vivamente, mirar y ver más intensamente, saborear o tocar con más atención: el cuerpo estremecido, en tensión y dispuesto a nuevas experiencias, registra más datos que de costumbre. Se encuentra menos atrapado en el detalle de lo cotidiano que sometido al trance fenomenológico: sumergido en lo real, conoce mediante el juego de la intencionalidad y de la consciencia, experimenta el ser, forzado a surgir como acontecimiento, y la nada, donde se ven relegados los residuos de la decisión. Viajar exige funcionar sensualmente a tope. Emoción, afecto, entusiasmo, asombro, interrogación, sorpresa, alegría y estupefacción, todo se mezcla en el ejercicio de lo bello y lo sublime, del cambio de hábitos y de la diferencia.

Tomar notas, por tanto. Anotar lo que, en el desarrollo temporal y fluido del tiempo real, libera los sentidos y quintaesencia el viaje. Cortar, tallar en la cinta de la cronología momentos magníficos, instantes que recogen y resumen la idea y que sintetizan el espíritu del desplazamiento. La memoria funciona así: retener en la inmensidad larga y lenta de lo diverso los puntos

de referencia vivos y densos, útiles para cristalizar, constituir y endurecer los recuerdos. Aquello que obsesiona a la mente tiempo después de haber dejado esa geografía, he aquí materia para el recuerdo. En este orden de ideas, la memoria se trabaja a la manera de una gema en bruto que hay que tallar.

Para empezar, consideremos ese bloque de imágenes y de sensaciones al que siempre se reduce un viaje en su inmediatez. Emociones difusas, percepciones desordenadas, apreciaciones fraccionadas, fragmentos y pedazos de lo real sin relación a priori más allá de su recepción en un lugar y en un tiempo, a una hora y en un sitio precisos. En el centro mismo del acontecimiento, solamente existe la multiplicidad de informaciones vividas en el desorden: dardos en abundancia, incitaciones masivas, todo un racimo de pirotecnia, pero nada de sensato aquí y ahora. El cuerpo se abre a la experiencia, registra y almacena lo difuso, lo diverso.

Aceptar así, en un primer momento, el olor de un mercado oriental, los aromas a incienso, azafrán o sándalo de un templo budista, querer los colores anaranjados, azules y violetas de una puesta de sol desde lo alto de unas dunas saharianas, acoger con benevolencia el calor seco, brutal y desecante de un desierto africano, escuchar con embeleso los gritos de aves raras o de monos aulladores, el croar de sapos búfalos o los chirridos de los élitros de insectos tropicales, gustar de la sombra de las callejuelas, del frescor de las calles y de la oscuridad de los pasajes en ciudades mediterráneas, beber el agua helada de una fuente medieval perdida en una ciudad contemporánea, dejar que la boca se llene con el gusto de una papaya, con la violencia verde de un limón, con el amargor, sin embargo caramelizado, de un café keniano, incluso con el tabaco egipcio con perfume de manzana o con un opio chino, tocar la granulación, experimentar la porosidad de las piedras derribadas de un templo siciliano por el que deambularon filósofos presocráticos: sentir violentamente al cuerpo existir en la suavidad de un instante vivido de modo mágico, mirífico y magnífico.

Luego, agotado lo cotidiano, absorbidas las miríadas sensuales, ordenar y trazar en ese bloque de emociones unas líneas maestras, trazos, líneas de fuga, franquear el paso a las energías, otorgar sentido, organizar, edificar. De ahí la necesidad de adiestrar la memoria, de dominarla con método. Fijar ese conjunto desperdigado exige la exclusión, el olvido, el rechazo de

lo que trabaja insuficientemente la carne y deja huellas en lugares distintos a los de la memoria clásica: en los músculos, las articulaciones, la sangre, bajo la piel, en las cadencias de la respiración, ajustadas a los ritmos profundos y los metabolismos misteriosos, pero de manera a priori invisible, imposible de emplear por la memoria clásica. La materia recuerda, los átomos no olvidan, pero el depósito mnemónico tradicional está vacío de referencias como esas.

Fijar, por tanto, con la ayuda de técnicas con las que nos sentimos más cómodos: la acuarela o la fotografía, el poema o el croquis, la nota breve o la larga exposición, la carta o la tarjeta postal. Cada soporte apela a un tiempo singular: las velocidades excesivas de la máquina de fotos a un extremo, la larga paciencia de la elaborada escritura poética al otro, la imagen aquí, el texto allá, el color mezclado con agua en un caso, el trazo vivo, seco y ligero en otro, el verbo desplegado o la palabra economizada, o hasta la cinta magnética que conserva el recuerdo de una velada en la que se escuchaban los batracios enormes y los insectos monstruosos del continente africano. Poco importa el soporte con tal de que la memoria produzca recuerdos, extraiga quintaesencias, fabrique referencias con las que organizar más tarde el conjunto del viaje. En el revoltijo y el desorden de la experiencia vivida, el rastro permite el alzado de una geografía sentimental.

Más tarde, lejos ya del momento del acontecimiento, quedan instantes congelados en formas susceptibles de reactivaciones inmediatas. Esos rastros, más que justificar el viaje, lo hacen parcialmente inmortal. Nada hay peor que un diluvio de rastros, una abundancia de fotografías, como no sea la histeria contemporánea y turística que consiste en registrarlo todo con la videocámara a riesgo de reducir la propia presencia en el mundo a la única actividad de filmar… Nada más inútil que una suma astronómica de acuarelas, de poemas, de dibujos, de páginas que hacen imposible el trabajo de la memoria y que, al contrario, la enturbian, añaden confusión y remiten lo diverso o lo confuso a más diverso y más confuso todavía.

Entre la ausencia de rastros y su exceso, la fijación de los instantes fuertes y raros sustituye el tiempo largo del acontecimiento por un tiempo corto y denso: el del advenimiento estético. Con largas duraciones se trata de producir breves emociones y tiempo concentrado en el que se comprime el máximo de emociones experimentadas por el cuerpo. Un poema logrado, una imagen retenida, una página que perdura suponen la coincidencia

absoluta entre la experiencia vivida, llevada a cabo, y el recuerdo reactivado, siempre disponible a pesar del transcurso. De un viaje no deberían quedar más que tres o cuatro señales, cinco o seis a lo sumo. De hecho, tantas como los puntos cardinales necesarios para orientarse.

INVENTAR UNA INOCENCIA

Es difícil prescindir de los prejuicios de tu época sobre la diversidad del mundo, máxime cuando proceden en su mayoría de un viejo fondo cultural deletéreo: el espíritu de los pueblos, el carácter de las razas, el temperamento de las naciones y otras consideraciones salidas de la antropología, del relato de viajes, de la filosofía política, pero también de una especie de rancio sentido común popular. Y es extraño cómo nos reencontramos con esas teorías equivocadas tanto cuando Hegel escribe sobre filosofía de la historia, buscando las irrupciones de la Razón en lo Real, como cuando el señor Homais[2] vuelve de unas vacaciones en el extranjero armado, por todo bagaje intelectual, de la pobre digestión de una guía de viaje. Ir a algún sitio es la mayoría de las veces dirigirse al encuentro de lugares comunes asociados desde siempre al destino elegido.

Encerrar a pueblos y países en tradiciones reducidas a dos o tres pobres ideas tranquiliza, porque siempre es agradable someter la inabarcable multiplicidad a la unidad fácilmente manejable; así pues: los africanos dotados para el ritmo, los chinos fanáticos del comercio, los asiáticos en general talentosos para el disimulo, los japoneses educados al extremo, los alemanes obsesionados con el orden, los suizos conocidos por su pulcritud, los franceses arrogantes, los ingleses egocéntricos, los españoles orgullosos y fascinados por la muerte, los italianos frívolos, los turcos sombríos, los canadienses hospitalarios, los rusos asociados a un agudo sentido de la fatalidad, los brasileños hedonistas, los argentinos aquejados de resentimiento y melancolía, mientras que los magrebíes sobresalen, evidentemente, en hipocresía y delincuencia.

Desordenadamente, esos lugares comunes permiten explicar, al menos así se cree, el jazz americano y las finanzas postmaoístas, la genealogía del fascismo europeo y la legendaria neutralidad helvética, la genética insularidad de los anglosajones y la sangrienta corrida ibérica, la excepción

nacional francesa y la dramática mafia moscovita después de la *glásnost,* la inmigración en América del Norte, tierra de acogida para aventureros y colonos, el cuerpo feliz de la playa de Copacabana y el gran escalofrío, largo y glacial, del tango de las cantinas bonaerenses, pero también las elevadas tasas de criminalidad en los países europeos, poco importa si ciertas con tal de que proporcionen una apariencia de significado. Podría establecerse una lista no exhaustiva de los juicios y opiniones mantenidos por los unos sobre los otros, ¿quién saldría indemne?

Algo de todas esas quincallerías intelectuales podía tener sentido en la época de los cierres nacionales y las tradiciones locales, cuando el viaje era raro, el turismo inexistente y el tiempo más lento, semejante desde hace milenios en los espacios mantenidos por la comunicación y los intercambios. En épocas antediluvianas, ciertamente, se ha podido constatar la influencia religiosa o ideológica de grandes visiones del mundo sobre las tradiciones hospitalarias o pacíficas, conquistadoras o intolerantes. No se nace impunemente sobre una tierra conquistada mucho tiempo atrás por Moisés, Buda, Confucio, Jesús o Mahoma. La historia, por supuesto, pero también la geografía, el paisaje, se encuentran marcados otro tanto por todo ello, y bien profundamente. A pesar de ello, a partir de los viajes del siglo XVI, con el descubrimiento de los continentes, la penetración de unos pueblos donde estaban otros, el progresivo borrado de las manchas blancas en los mapas, las conquistas mutuas, el cosmopolitismo generalizado, el planeta ha encogido, el espíritu de los pueblos se ha fundido en la identidad de una humanidad pronto reducida a una sola entidad espiritual.

Uno de los riesgos del viaje consiste en partir para verificar uno mismo cómo corresponde el país visitado a la idea que nos hemos hecho de él. Entre el deseo de encontrar allí encarnados los lugares comunes con los cuales uno había colmado su pensamiento y el de situarse en una tierra absolutamente virgen, existe un término medio: supone un arte de viajar inspirado por el perspectivismo nietzscheano: nada de verdades absolutas, sino verdades relativas, nada de metro como patrón ideológico, metafísico u ontológico para medir las otras civilizaciones, nada de instrumentos comparativos que imponen la lectura de un lugar con las referencias de otro, sino la voluntad de dejarse llenar por el líquido local, a la manera de los vasos comunicantes.

A esa enojosa tendencia a ver lo real con el filtro de la propia cultura podríamos llamarla la posición del misionero. En efecto, los sacerdotes que se fueron a evangelizar comarcas lejanas descodificaban el lugar al que llegaban con el bagaje conceptual cristiano, más particularmente católico, apostólico y romano. Cuando un padre blanco llega en misión a un país africano o al continente chino, juzga, mide y condena según los escritos testamentarios y los Evangelios. Ese planteamiento perdura en numerosos turistas que conocen hoy una civilización o una cultura con las referencias de su mente prefabricada y cercada por los límites de su tiempo, de su época y de sus rarezas.

La poligamia marroquí, la excisión maliense, la infibulación etíope, el canibalismo guayakí, el infanticidio chino pueden leerse como el misionero que condena o como el etnólogo que trata de comprender: el padre Huc contra Claude Lévi-Strauss. Es difícil no seguir siendo piadoso y no hacer uso de la lectura católica, incluso bajo sus formas actuales, humanistas e impregnadas de la religión de los derechos humanos. Sabemos por Montaigne que «llamamos barbarie a lo que no forma parte de nuestros usos» y consentimos gustosos en ese imperativo ético, pero solamente cuando se trata de leer el mundo según la perspectiva de lo políticamente correcto, exportador de los valores occidentales, laicos y heredados de la Ilustración. No obstante, ¿cómo legislar intelectualmente en esos países en los que se practican esas extravagancias ontológicas con la Biblia en una mano y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en la otra?

Viajar supone menos el espíritu misionero, nacionalista, eurocéntrico y estrecho, que la voluntad etnológica, cosmopolita, descentralizada y abierta. El turista compara, el viajero separa. El primero se queda a las puertas de una civilización, roza una cultura y se contenta con percibir su espuma, con captar sus epifenómenos, de lejos, como espectador comprometido, militante de su propio arraigo; el segundo intenta entrar en un mundo desconocido, sin prevenciones, como espectador libre de compromisos, con cuidado de no reír ni llorar, de no juzgar ni condenar, de no absolver ni lanzar anatemas, sino deseoso de captar su interior, de comprender en el sentido etimológico. El comparatista designa siempre al turista, el anatomista señala al viajero.

Para contribuir a la fabricación de una inocencia recuperada, evitaremos por tanto ir a un país para constatar en él lo que enseñan los lugares comunes: evitaremos desplazarnos a África para encontrarnos con unos guerreros masái que, con el ritmo en la piel y la danza en la sangre, se excitarían de un modo folclórico en un área balizada por una oficina de turismo que vive, como un parásito, de la explotación de la pasión comparatista turística; trataremos de no adentrarnos en regiones de tradición musulmana para constatar de visu el modo en el que se encarnan el cotidiano refinamiento árabe y la pasión islámica por la abstracción, pues no veremos nada de todo eso en un lugar en el que la religión asegura, allí como en todas partes, el dominio sobre los cuerpos; no veríamos ejercer más el amor al prójimo de los cristianos si residiéramos en París, Roma o Dublín.

La inocencia supone el olvido de lo que hemos leído, aprendido, oído. No la negación, ni la evitación, sino el arrinconamiento de aquello que parasita una relación directa entre el espectáculo de un lugar y uno mismo. Viajar apela a una apertura pasiva y generosa a emociones generadas por un lugar que ha de tomarse en su brutalidad primitiva, como una ofrenda mística y pagana. Lejos de los clichés transmitidos por generaciones sucesivas, lejos de aprehensiones morales y moralizadoras, lejos de las reducciones éticas y etnocéntricas, lejos de las reactivaciones insidiosas del espíritu colonizador e invasor, intolerante y bárbaro, el viaje apela al deseo y al placer de la alteridad, no a la diferencia fácilmente asimilable, sino a la verdadera resistencia, la franca oposición, la desemejanza mayor y fundamental.

La invención de la inocencia necesaria para el viaje exige por tanto el abandono de las opiniones sobre el espíritu de los pueblos, el rechazo de la mirada egocéntrica y misionera, pero también la liberación respecto de los prejuicios sobre la forma del viaje. Pues casi todos los autores especializados en el tema celebran la inmersión, elogian el mérito de las largas estancias, de los esfuerzos singulares: el aprendizaje de la lengua, la domiciliación, la vida con los autóctonos. ¿Con qué objetivos? ¿Comprender un país, captar su naturaleza esencial, aprehender verdaderamente su sabor? ¿Disponer de una inteligencia activa en el interior de esa cultura cuando incluso es algo de lo que carecen los residentes en el país?

La conversión no cambia nada al respecto: uno sigue siendo prisionero de su nacimiento, de su tierra natal, de su lengua materna, atrapado en los pliegues primitivos de la infancia. Un cuarto de siglo vivido en Japón por un japonés no equivaldrá nunca, metafísicamente, a la misma duración vivida por un occidental en el mismo lugar. La comprensión de un país no se obtiene en virtud de una larga inversión temporal sino según el orden irracional e instintivo, a veces breve y fulgurante, de la pura subjetividad sumergida en la aleatoriedad deseada. El prejuicio racionalista supone posible la captación de un lugar por el solo esfuerzo intelectual, por el sesgo cerebral y voluntarista. Sin embargo, ya se trate de turista o de viajero, se es tolerado como residente espiritualmente implicado durante un pasaje más o menos largo, nunca a la manera visceral de un nativo.

Es verdad que semejante misión, semejante conversión, semejante sacerdocio se comprenden y producen efectos. Pero creo menos en las certezas obtenidas por la duración de la estancia que por su intensidad y la cualidad de artista del observante nómada. Un buen viajero confiesa una capacidad de registrar las mínimas variaciones, es sensible a los detalles, a la información microscópica. Roland Barthes capta más y mejor el Japón con su sensibilidad a flor de piel, su temperamento sismográfico, su espíritu vivo y su inteligencia acerada, incluso si ignora todo sobre su lengua y permanece allí poco tiempo (ochenta y cinco días, con tres estancias en total) que especialistas debidamente diplomados en lenguas orientales que han trabajado en la evolución del signo en la literatura del periodo Edo o domiciliados en un barrio popular de Kioto. ¿Y qué decir de un Claudel cuya poesía atrapa el Oriente hasta la médula mientras ignora el chino y el japonés, pese a haber sido diplomático en Extremo Oriente durante catorce años y embajador de Francia en Tokio durante seis años? El ojo instintivo del artista vale más que la inteligencia cerebral de los consagrados al concepto.

El viajero necesita menos una capacidad teórica que una aptitud para la visión. El talento para racionalizar es menos útil que la gracia. Cuando la posee, el nómada-artista sabe y ve como visionario, comprende y capta sin explicaciones, por impulso natural. Practica lo que según las categorías spinozistas se podría llamar el tercer género de conocimiento, el que se nutre de intuiciones y de la penetración inmediata de la esencia de las cosas. En tal caso, la realidad infunde por capilaridad al viajero que la aprehende.

Una vida entera de exilado no parece más útil, la iluminación hace a veces alcanzable un epicentro que habría permanecido oscuro para el peregrino desprovisto del don. Todos los transfronterizos, los escritores de viajes, los artistas del nomadismo, experimentan esa evidencia, pues todos viven como iluminados, como grandes abrasados, como incandescentes.

Tal es el caso del poeta, el visionario por excelencia allí donde otros se contentan con la posición de observador. Su talento prescinde de las tergiversaciones del mandarín, ignora las penosas lentitudes del letrado y desborda siempre al docto, enredado en sus referencias que le impiden acceder a la evidencia. Algunos interponen demasiadas cosas entre el mundo y su subjetividad: demasiadas referencias, demasiadas lecturas, demasiadas consultas culturales, demasiadas citas, demasiadas rúbricas; otros, alimentados por esos saberes, saben, después de haberse alimentado de ellos, apartar con su mano la sombra arrojada por las bibliotecas y los archivos. En términos de un Nicolás de Cusa, el viajero artista gana al practicar la docta ignorancia. El poeta la utiliza en gran medida.

En la escuela de la poesía hay una marcada familiaridad con el azar, objetivo predilecto de André Breton: mostrarse disponible a los acontecimientos para suscitar y solicitar el advenimiento, ponerse a disposición del mundo para que advenga una señal y surja una epifanía pagana, abrirse a lo real para penetrarlo a la manera de un fruto decidido a darse, convencido de la necesidad de ofrecerse. Preparado, ese viajero tocado por la gracia pone su cuerpo a disposición de lo inefable y de lo indecible que, metamorfoseados en impulsos, en emociones, se convierten enseguida en sentidos y acaban siendo palabras, imágenes, iconos, dibujos, colores, trazos: en rastro que transfigura la efervescencia de una experiencia en incandescencia expresiva.

De ahí la necesidad de un ojo vivo, de una mirada acerada, de una percepción de predador. El águila nietzscheana proporciona la metáfora. La expansión del cuerpo es necesaria para el ejercicio del viaje. Pues la carne debe ponerse a disposición del mundo, registrar sus mínimas variaciones, partir a la búsqueda del más pequeño detalle perceptible por una piel, un sensor olfativo, una parcela del cerebro proyectada por el nervio óptico, una superficie táctil, unas papilas, un pabellón auditivo y su cóclea. El alma material debe partir al encuentro del mundo que se manifiesta de manera atómica, en virtud del modo de propagación inmanente a los simulacros. El

viajero se deleita con ellos, los busca y los persigue, los acecha y los caza: lo real bajo todas sus formas, esa es su presa.

Inútil, cuando uno se coloca bajo el patronazgo de poetas, de iluminados, de inspirados, incluso de locos, de místicos consumidos por su espera, dar un crédito considerable a los apóstoles de la conversión domiciliaria, a los turiferarios de los plazos largos, a los vendedores de dialectos, a los sacerdotes de la vida transfigurada y vivida según el modo de la teatralización de su existencia bajo el signo del cambio de identidad: uno no prescinde de su temperamento, no evita su propio carácter, sus raíces. Y celebramos prioritariamente lo que, en nosotros, tiembla y se electriza, se mueve y se carga de energía, hace oscilar la aguja del sismógrafo en lugar de aquello que nos pide que trabaje solo el cerebro.

Uno no puede separarse de su ser, que nos habita y nos persigue como una sombra inseparable. En los viajes, ese ser quiere y ve, manda y decide. No se despoja uno, como si se tratara de una piel o de una muda, de los oropeles de nuestra cultura y nuestra civilización. Como mucho la podemos rodear, sorprenderla, dando todo su potencial, en cada uno de nosotros, a la astucia del zorro, al olfato del perro, al ojo de la lechuza, a la vista del águila, al vientre liso de la serpiente ondulante por el suelo, al contacto con la tierra. Ganamos al renunciar, in situ, a los libros y a los documentos, a las palabras y a las páginas consultadas antes y por consultar después. Y sobresalimos al solicitar el animal que hay en nosotros, lo que subsiste en nosotros del mamífero que se acuerda de épocas pasadas, prehistóricas, en las que el nomadismo exigía un cuerpo capacitado, eficaz, ágil y resistente. El animal desacoplado, el cuerpo material, el alma atómica, los órganos sensoriales, el simulacro físico, la gracia fisiológica: esos son los instrumentos del poeta y del artista a activar en el viajero.

Para inventar una inocencia eficaz, y siempre respecto a la forma del viaje, se trata igualmente de deshacerse y desprenderse de una visión reaccionaria que antes suponía posible el viaje y lo proclama imposible ahora. ¿Antes de qué? Antes del cambio del mundo, antes de la mundialización, la globalización, la pretendida uniformización del planeta, antes de la modernidad. De hecho, esa toma de postura procede de la creencia en una edad ideal, en un tiempo anterior al tiempo, en el que el viaje habría permitido acceder directamente y de lleno a la verdad del país visitado. Calca la antigua idea, visible ya en Hesíodo, de una edad de oro,

seguida por una edad de bronce y finalmente de una de hierro, distinciones todas ellas útiles para asentar un pensamiento de la decadencia, invitar a una restauración, al mismo tiempo que a una crítica y a una detestación del presente.

El discurso decadentista reduce la posibilidad de viajar a los descubridores solamente. Por otra parte, es un lugar común en todos, o casi todos, los relatos de viaje soñar con una edad anterior a la penetración extranjera en el país visitado, con una época de pureza, preservada de la contaminación heterogénea del cosmopolitismo y de las influencias llegadas para corromper y ensuciar. Podría hacerse una antología de los lamentos solo con las consideraciones de los escritores viajeros desesperados con que Roma ya no esté en Roma. Pensemos en el medio siglo de recriminaciones de un Théodore Monod a propósito del desierto desfigurado por los hombres.

La modernidad habría podido con lo Diverso, como habría acabado con Dios, con el Arte, con lo Bello, con lo Verdadero, con el Bien, y otros cuentos a cual más ficticio. Así, el viaje ya no sería posible, al haber desaparecido lo Diverso como resultado del triunfo de lo Mismo. Una técnica eficaz, unos motores con buenas prestaciones, una velocidad que genera un culto, unos medios de transporte nuevos, una electricidad generalizada, un turismo de masas, un capitalismo planetario, unas nuevas tecnologías de la comunicación, unos medios generadores de virtualidades triunfantes ¿y ya nada subsistiría como antes? ¿El fin de la historia anunciado no hace mucho por un hegeliano de pacotilla, consejero accesorio en el Departamento de Estado estadounidense, habría precipitado a la geografía a los mismos abismos? ¿Resultaría un espectáculo desolador que invita a constatar el nihilismo planetario y a hundirse en la desesperación generalizada?

No, porque la historia no está muerta, vivirá tanto como los hombres y mientras haya un solo individuo que rechace la dominación universal de una nación, la moneda todopoderosa o el Estado planetario. Y si las señales de erradicación de las diferencias, de la supresión de lo Diverso se hacen notar con evidencia, nos equivocaríamos si confundiéramos los movimientos fluctuantes de la historia con la permanencia de la geografía indexada sobre la perennidad geológica. Evidentemente, todas las grandes ciudades del planeta se parecen hasta el punto de confundirse. Pero lo real

del planeta no se reduce a ellas solas. Pensar el mundo sin lo rural y sin los paisajes, esa es la visión y la obsesión de los urbanos. Pues el paisaje dura, persiste, incluso puesto en peligro por los hombres. Y lo Diverso reside en él, en los campos, visible y perceptible en las epifanías naturales, lejos de los artificios de la cultura.

El tiempo pasa, las civilizaciones se mueven: nacen, crecen, mueren, conocen un punto culminante, inician un declive, caen y desaparecen, se ven sustituidas por otras, más vivaces, más activas, más fuertes, mejor adaptadas. ¡Qué ridículo es querer fijar un lugar temporalmente visible en una eternidad inexistente! La China de Confucio no es la del padre Huc, ni la de Segalen, de Claudel o de Simon Leys. ¿Entonces? Se trata de un mismo lugar en tiempos diferentes, ¿cómo escapar a esa perogrullada? ¿Cómo querer la aparición de un lugar en la única dimensión que le está prohibida, fuera de la temporalidad?

Son meras fantasías las que presiden el deseo de una historia detenida e independiente de las condiciones de ejercicio del tiempo real. Bajo la espuma de la mundialización liberal y de la globalización económica persisten las corrientes, los mares de fondo, las dinámicas de las profundidades eternamente inducidas por la geografía y sus energías telúricas.

La modernidad fabrica megalópolis que se parecen todas, desde luego, pero no consigue suprimir las geografías. ¿Quién se propondría viajar exclusivamente a las capitales planetarias para intentar aproximarse a una civilización o captar una cultura? ¿Quién querría, para descubrir la esencia de un país, coleccionar México y Nueva York, Sidney y Buenos Aires, Shanghái y São Paulo, Calcuta y El Cairo, Manila y Bangkok? Es verdad que, por sí solas, esas diez ciudades contienen casi doscientos millones de habitantes, pero todas parecen los clones de una misma ciudad fragmentada y diseminada luego de manera aleatoria por el planeta. La modernidad ha reducido la historia, pero ha eximido a la geografía.

Los climas persisten, incluso violentados por los hombres, las estaciones también, los ritmos planetarios y las alternancias cosmológicas, todo regulado como un sistema de relojería, con una finura y una exactitud no igualadas. La multiplicidad de los vientos y la infinitud de los astros, la tectónica de placas y la deriva de los continentes, el movimiento de las mareas o el juego de solsticios y equinoccios, el desplazamiento de las

montañas y el deshielo de los glaciares, la profundización de los lechos fluviales y el trazado de las corrientes marinas, todo ello da testimonio de un tiempo largo y lento, geológico y geomorfológico, el de la meditación y la interacción en sintonía con las almas. Viajar supone, como las aves migratorias en las que el reloj interno, el metabolismo y el magnetismo deciden sus movimientos, ponerse a la escucha de lo que, en uno, procede de la eternidad del sistema solar y que yace en nosotros, en lo más profundo de nuestra disposición atómica.

En fin, los partidarios de una forma antigua y desfasada del viaje apelan a la lentitud y maldicen la velocidad, causa de todos los males. Se celebra el paso del asno, la caminata, el lomo del camello, el barco de vapor, la travesía de los océanos en crucero, el descenso de cursos de agua en barcaza, el carromato tirado por caballos, las estancias prolongadas en los albergues, en las posadas, en casa de alguien, las inmovilizaciones voluntarias o involuntarias, un género de sedentarismo reinstalado en tierra de otros. Nos imaginamos que así, al tomar tiempo, tomándose su tiempo, hay una mejor infusión, uno se impregna, experimenta una empatía más auténtica, realiza una mejor confluencia. Evidentemente, los seguidores de esta hipótesis parmenidiana detestan el avión, símbolo de lo peor en la materia.

Adoro el avión, que espera a su Marinetti o a su poeta futurista antifascista. Pues el avión induce a una metafísica nueva, contribuye a la creación de otra captación del tiempo y del espacio. Antes de él, esas formas a priori de la sensibilidad kantiana se deducen filosóficamente, después de él, se constatan experimentalmente: el tiempo es espacio, velocidad, desplazamiento, es la traslación en un intervalo tanto como una percepción corporal y subjetiva, una sensación individual y personal. No el tiempo absoluto, no la idea del tiempo en relación con la eternidad, ni el volumen del movimiento, sino la pura consciencia de sí mismo captada en duraciones variables.

La velocidad del avión modifica la aprehensión del espacio y contribuye a su reducción. El planeta deviene visible, parece pequeño, con un solo vistazo captamos de pronto su totalidad. La vuelta al mundo ya no parece una idea imposible sino un proyecto pensable. Su rotundidad fascina, como símbolo de perfección —pensemos en la esfera parmenidiana—, como superficie sin pliegue en la que todos sus puntos crepitan a igual distancia

del centro de la tierra, fuego furioso y núcleo incandescente. Sobre las pantallas de cristal líquido, durante el viaje, se suceden mapas que reducen el espacio real a un dibujo en el que el verde de las tierras y el azul de los mares son cortados por el trazo rojo del desplazamiento. Lentamente, mediante pequeños saltos sucesivos, punteados, y arrastres espasmódicos, un avioncito icónico se desplaza, atraviesa los océanos, sobrevuela las montañas, planea sobre las llanuras, franquea fronteras, ignora a los hombres y perfora las nubes, traza en el azul, hiende el aire gélido, atraviesa el éter azul, puro y helado, se desliza en las espesas tinieblas mientras domina las ciudades tentaculares y luminosas, los puertos dibujados por la claridad de las iluminaciones amarillas o la sorprendente vibración nocturna de los desiertos invisibles. Sentirse hombre en la carlinga de este artefacto transformado en energía y en velocidad metamorfosea el alma con mayor seguridad que una lectura de los Evangelios.

Experimentamos corporalmente la unidad del planeta, su pequeñez, su totalidad y su diversidad. El mapamundi de las escuelas primarias, o los mapas que colgaban de las paredes de las clases de nuestra infancia, tienen entonces claramente un significado. Siempre me digo, cuando vuelo, que se debería enseñar la geografía a los niños en los aviones llevándoles gratuitamente de un punto a otro, para darles la ocasión de ver el campanario de un pueblo natal, de constatar la configuración de su ciudad, de abarcar con una sola mirada su trazado rodeado de campo, de seguir con la mirada el lecho de un río, de un curso de agua, de ver transformados en espejos densos y luminosos los estanques, los lagos, las balsas en los cuales se refleja el sol. Lecciones de geografía para aprender a amar a tu país de manera visceral, como hace Michelet al alzar un maravilloso retrato en sus soberbias páginas sobre Francia.

El avión, como es sabido desde la ficción alada de Luciano de Samosata en su *Icaromenipo,* da lecciones de filosofía: todo lo que en el suelo parece grande, voluminoso e importante se convierte en el aire en pequeño, mezquino, irrisorio e insignificante. ¿Cómo hacen algunos para creer esenciales sus pequeñas historias, sus asuntillos cuando, visto desde el cielo, de pronto todo se hace estrecho e indiferente? Lección de sabiduría a la antigua. El avión edifica sobre el terreno metafísico e igualmente sobre el terreno filosófico: nos sentimos de pronto como fragmentos de un gran todo, un pedazo irrisorio de una mecánica importante que nos contiene y

nos supera. Sabiduría de género panteísta y pagano: nos hacemos con esos elementos, con esa tierra y con ninguna nación. La historia desaparece, demasiado preocupada por peripecias locales, en beneficio de la geografía, familiarizada con las duraciones indefinidas y las lentitudes magníficas.

Y además el avión nos da también una lección tecnófila: con él, en efecto, las imposiciones de la naturaleza desaparecen bajo los aunados efectos del artificio logrado por los hombres. El barco contraría la plana superficie de los océanos, el submarino lo hace con sus fondos y sus abismos, el avión se burla de la resistencia del aire, el tren y el coche ignoran los imperativos y los imponderables de la tierra: todos los elementos encuentran en el artificio correspondiente materia de superación, de negación. El poder de los hombres se manifiesta en el motor que franquea y permite evitar la paralización. En el habitáculo de esas máquinas de guerra lanzadas contra el imperio de la naturaleza experimentamos el placer moderno al contacto de una nueva sublimidad.

El avión, en fin, dispensa de las limitaciones climatológicas, estacionales, geológicas, históricas, políticas. Permite, en plazos óptimos, huir del riguroso invierno cuando se desean los calores del trópico, acabar con las largas noches posteriores al equinoccio de otoño si aspiramos a las jornadas que no acaban nunca, escapar a una dictadura, una tiranía, un régimen autocrático, tomar distancia con las peligrosas regiones asoladas por erupciones volcánicas, temblores de tierra recurrentes, catástrofes debidas a la sequía, a la lluvia o a los otros delirios climáticos. Cada punto del globo se hace inmediatamente accesible y pone a la voluntad en condiciones de triunfar sobre sus resistencias.

Por todas esas razones, amo el avión; pero amo no menos los otros medios de transporte que transforman el cuerpo en proyectil lanzado a más o menos gran velocidad por la superficie de la tierra, a la atmósfera o sobre los mares, cuando no bajo ellos… En el siglo recientemente acabado, la velocidad marca e identifica nuestra modernidad. Da cuenta de la revolución informática, de la globalización, del cosmopolitismo, impregna las visiones del mundo, las éticas, las metafísicas, las políticas, incluso las religiones o las espiritualidades reformuladas hoy: el instante se convierte en la única modalidad de lo real. La pérdida de referencias en el pasado y en el futuro obliga al solo disfrute en la duración del instante. Se quiera o no, es así. Un elogio reaccionario de la lentitud obliga a halagar la

nostalgia, a mantener la fácil pasión por los recuerdos y a cultivar la inquietud por el futuro.

Tomemos nota, más bien, de esa revolución para desearla, amarla y hacer de ella lo que mejor permite hacer. No fustiguemos al avión que transforma el viaje de antaño y que ya no lo hace posible de la misma manera, sino celebremos ese instrumento nuevo generador de otro modo de viajar. Tanto más cuanto que el caminar a pie, o a lomos de asno, siguen disponibles para los enemigos de la velocidad. Desde Stevenson a Lacarrière, siempre han existido defensores acérrimos de la medida del tiempo según el paso animal o humano, y tanto mejor. La suerte de la modernidad es que permite elegir su propia relación con el tiempo, no obliga; al contrario que en el pasado, que obligaba, y tanto, en función de sus límites. Montaigne a caballo, Rimbaud a pie, Morand en barco, Cendrars en tren, Bouvier en coche, Chatwin en avión, evidentemente, pero nadie impide caminar a Kenneth White o a Guido Cerronetti, ni a Théodore Monod optar por los *meharis*…

Los enemigos de la velocidad aviónica critican igualmente el teléfono, fijo o móvil, el fax, el ordenador portátil, los correos electrónicos, culpables, también ellos, de haber precipitado la muerte del Viaje. Sin embargo, tanto como el avión, esas nuevas tecnologías no impiden viajar, al contrario, permiten desplazarse de otro modo, de manera diferente, menos desconectados de los suyos. Son útiles para fijar vértigos, formular impresiones, poner palabras a las emociones. Comunicar supone el dominio de esas máquinas, y no a la inversa. Condenables cuando suscitan nuevas esclavitudes o una incapacidad para disfrutar del presente en el extranjero, se convierten en mágicas para poder compartir, para ofrecer a los nuestros tarjetas postales sonoras, fragmentos del viaje, trozos de afecto proporcionados por impulsos digitales desde el otro lado del mundo, a pesar de la ausencia y más allá de la separación.

Del mismo modo que la carta de Flaubert o la tarjeta postal de Artaud no impedían el viaje a Egipto o a México, la llamada telefónica de Gaspésie para compartir la remontada de las ballenas en la desembocadura del San Lorenzo, o el correo electrónico para contar la arquitectura de Brasilia a una persona amada no impiden una presencia real en Quebec o en Brasil. La velocidad de intercambio de las informaciones, de los transportes, de las transferencias y de los traslados no ha afectado a la esencia del viaje, sino a su antigua forma. Antes bien, las técnicas modernas hacen posible

experiencias contemporáneas, transfiguran los acontecimientos del viaje, hacen posible otros nuevos. Las planchas de los grabados de Vivant Denon no impiden las fotografías de Cartier-Bresson, las llamadas telefónicas transatlánticas tampoco matan a las páginas escritas, los relatos o los poemas. Mañana, por lo demás, si no hoy, un André Velter enviará por correo electrónico un poema escrito en la plaza de Cluj, en una Rumania saturada por el olor seminal de los tilos en flor. Y pasado mañana otras técnicas se convertirán en las aliadas de los viajeros, que, sin embargo, seguirán siendo artistas y poetas.

Encontrarse con la propia subjetividad

Uno mismo, ese es el gran asunto del viaje. Uno mismo, y nada más. O poco más. Hay pretextos, ocasiones, cantidad de justificaciones, ciertamente, pero, de hecho, nos ponemos en marcha movidos solamente por el deseo de partir a nuestro propio encuentro con la intención, muy hipotética, de volver a encontrarnos, cuando no de encontrarnos. La vuelta al planeta no siempre es suficiente para obtener ese cara a cara. A veces, tampoco lo es una existencia. ¿Cuántos rodeos y por qué lugares, antes de saberse en presencia de aquello que alza un poco el velo del ser? Los trayectos de los viajeros coinciden siempre, en secreto, con búsquedas iniciáticas que ponen en juego la identidad. Ahí, de nuevo, el viajero y el turista se distinguen radicalmente, se oponen definitivamente. El uno busca sin cesar y a veces encuentra, el otro no busca nada y, por consiguiente, no obtiene tampoco nada.

El viaje supone una experimentación sobre uno mismo que remite a los ejercicios habituales entre los antiguos filósofos: ¿qué puedo saber acerca de mí mismo? ¿Qué puedo aprender y descubrir a propósito de mí si cambio de lugares habituales, de señas y modifico mis referencias? ¿Qué queda de mi identidad a raíz de la supresión de las ataduras sociales, comunitarias, tribales, cuando me encuentro solo, o casi, en un entorno que si no es hostil es cuando menos inquietante, preocupante, angustiante? ¿Qué subsiste de mi ser a partir de la sustracción de mis apéndices gregarios? ¿Qué hay del núcleo duro de mi personalidad ante una realidad sin rituales o conjuraciones constituidas? El gran rodeo por el mundo le permite a uno reencontrarse consigo mismo, tal y como, en nosotros mismos, nos conserva la eternidad.

Precisémoslo, ya que toda la filosofía occidental clásica se confunde a ese propósito, el yo no es detestable. Ni venerable, sino sencillamente considerable, en el sentido etimológico, a saber digno de consideración.

Nada de odiarse a sí mismo, ni de celebrarse a sí mismo, sino una justa estima que permite trabajar sobre el propio ser como sobre un objeto extraño, sobre una piedra informe esperando el momento del cincel y la hora del escultor. Todo viaje es iniciático; de modo parecido, una iniciación no deja de ser un viaje. Antes, durante y después se descubren verdades esenciales que estructuran la identidad.

No me gusta el viaje de aquellos que se castigan y utilizan su yo como un animal al que someter. Se desplazan para expiar su existencia y transportan su malestar para intentar deshacerse de él. Sin éxito, evidentemente, pues no se desprende uno de sus partes malditas y de su negatividad como si fueran viejas escamas ya caducas sobre la piel descamada de un saurio. Son los errantes que llevan su alma en pena a manera de una cruz, de una carga. Se infligen dolores, penas, heridas, su objetivo es la llaga en el flanco y la sangre en la frente, y luego la lanzada en el costado. Entre estos fanáticos del cilicio, los deportistas ansiosos de hazañas: atravesar el Atlántico a remo, dar la vuelta al mundo en bicicleta, andar varios centenares de kilómetros entre los furiosos vientos del Antártico o en un medio hostil y peligroso, disfrutar de expediciones en condiciones extremas y otras variaciones sobre el odio a uno mismo.

Otros efectuaban el peregrinaje a Compostela de rodillas, pero el espíritu permanece: pedir tu cuerpo ir más allá de sus límites, obtener de él sudor, sangre, lágrimas, llagas, costras y otras lindezas médicas: disenterías, úlceras, bubones, ampollas, rasguños, arañazos, picaduras, purulencias, infecciones. Pies y manos congelados, rostros quemados, miembros tetanizados, cuerpo anquilosado, alucinado por la falta de sueño o la alimentación sumaria, los relatos de los viajeros deportistas abundan en comentarios y consideraciones de ese tipo. Los aficionados a sensaciones más que fuertes, que ponen a prueba al cuerpo sobre el principio del castigo, transfiguran el viaje en un calvario. No me gustan los viacrucis…

El viaje procede menos de la ascensión al Gólgota que de la invitación socrática a conocerse. El dolor no ofrece ninguna utilidad en este proceso de descubrimiento de uno mismo. No sabemos nada esencial sobre nuestra intimidad volviendo la pulsión de la muerte contra uno mismo y tratando de transfigurar ese movimiento en una estética del sufrimiento. La negatividad ya es suficiente con las dosis inyectadas de manera natural por la realidad para que no necesitemos añadir nada a esa energía negra y mala. En el viaje

entendido como *performance*, como hazaña, el desafío, la mayoría de las veces, oculta mal las intenciones masoquistas de un alma en pena, o más bien las de un inconsciente que sufre. El gusto por las mordeduras de tarántula, las serpientes venenosas, las plantas vesicantes, los desiertos peligrosos, los insectos tóxicos, la mugre, la suciedad, los elementos hostiles procede de una lógica exacerbada en los comandos militares o las celdas monásticas.

La empresa socrática no necesita el empleo de uno mismo como el de una cosa o un objeto enemigo. Al contrario. La autoestima, que en su lugar no hay que confundir con el amor, la veneración o la complacencia, le instala a uno bajo los mejores auspicios, en las antípodas del ideal ascético. Ni rechazo, ni celebración de uno mismo, sino sabio rodeo por el mundo para arribar a un justo conocimiento de la propia identidad íntima. El viaje ilustra «la casuística del egoísmo» nietzscheana, da un contenido tangible a la dietética de los placeres y permite la confusión de la ética y de la estética. De hecho, explica la posibilidad de una «estetización» de la existencia en circunstancias personificadas. De este modo, pasa a formar parte de una ascesis metafísica y conduce al camino que lleva a la apropiación alegre y feliz de la propia vida.

En medio del viaje no reparamos en otra cosa que en el yo. Montaigne proporciona un ejemplo explícito de ese egotismo del nómada: en Lucca o en Roma, en Loreto y en Venecia, en Augsburgo o en Constanza, el filósofo permanece en el centro de sí mismo, en un empeño imposible de desarraigar. Y el epicentro de esa identidad es el cuerpo, la carne del viajero: sus cálculos, sus riñones, su litiasis, sus fatigas, sus baños, sus bebidas, sus alimentos, su sueño. A su alrededor, el mundo se organiza, se ofrece en espectáculo, se muestra y se cuenta, pero como los planetas en gravitación en torno a un astro que, grandioso, ocupa el centro.

Es evidente que no evitamos nuestra propia compañía; para algunos, la peor. Lo que el alma embarca a la salida se ve multiplicado a la llegada: dolores y heridas, engorros y padecimientos, penas y desgracias, tristezas y melancolías se amplifican durante el viaje. No se cura uno dando la vuelta al mundo, al contrario, se exacerban los malestares, cavamos nuestras simas. Lejos de ser una terapia, el viaje define una ontología, un arte del ser,

una poética propia. Partir para perderse aumenta los riesgos, que se tornan considerables, de encontrarse cara a cara consigo mismo, peor aún: cara a lo más temible que hay en uno.

El yo no se diluye en el mundo, lo colorea, le da sus formas. En principio, lo real no existe en uno mismo, sino que es percibido. Lo que, evidentemente, supone una consciencia para percibirlo. Este filtro por el que pasa el mundo organiza la representación y genera una visión. Para su esencia, el ser del mundo procede del ser que le mira. El viaje teatraliza esta operación metafísica, acelera esa alquimia del advenimiento. Ahora bien, tras cada fragmento desprendido del mundo se encuentra un cuerpo que le confiere la existencia en general y sus propiedades en particular. En virtud de la lejana teoría humoral de los antiguos, el exceso de bilis negra en un individuo se desbordará e invadirá el mundo que este atraviese. Dondequiera que esté, el carácter será sombrío y de una profunda oscuridad.

No se viaja para curarse uno de sí mismo, sino para endurecerse, fortificarse, sentirse y saberse con mayor sutileza. En el extranjero, no se es nunca un extranjero para uno mismo, sino siempre el más íntimo, el más apremiante, el más pegado a su sombra. Frente a uno mismo, obligados más que nunca a mirarnos, cuando no a vernos, nos zambullimos más profundamente hacia nuestro centro de gravedad ya que nos falta el otro para distraernos de nuestra forzada presencia. El destino de un viaje no cesa de coincidir con el núcleo irrompible del ser y de la identidad. Tras el arsenal toponímico de los mapas geográficos se ocultan variaciones increíbles sobre el tema de la subjetividad.

Fuera de su domicilio, en el arriesgado ejercicio del nomadismo, el primer viajero con el que nos encontramos es uno mismo. Permanentemente, en cada rincón de las calles, en cada esquina, en los cruces y en las plazas, en la ciudad o los desiertos, a la luz o a la sombra, por todos los caminos y los accidentes del paisaje, siempre y en todas partes nuestro personaje busca el orden íntimo. Por el decorado terrestre deambulan almas en pena en búsqueda de un cuerpo en el que habitar definitivamente, en la paz y la serenidad recobradas. Alrededor del globo se llevan a cabo esas operaciones de cosificación permanente. La peregrinación comparte sus secretos con la demiurgia. Pues la singularidad

del mundo condena a satisfacerse con la familiaridad más inmediata, la que cada cual mantiene con sus profundidades.

Nuestro yo se confunde con nuestra lengua, nuestros recuerdos, nuestra historia, nuestra memoria, quintaesencia nuestras costumbres y se disimula en los pliegues del cuerpo. En un país inusual, el animal inquieto que hay en nosotros prevalece, oye una voz incomprensible, se mueve en un espacio desprovisto de referencias, experimenta la diferencia, la gran diferencia que aísla, corta y separa, y luego aparta y excluye. En la cima del mundo, en el fondo de los abismos, en medio de los desiertos o del océano, el yo sigue llevando la voz cantante, más que nunca. Trágicamente, el ser no puede superar la identidad que lo contiene. En el extranjero, esa identidad flota, sin ataduras, sin puntos de referencia. Espera a la roca en la que cambiar su errancia nómada por un artificio que permita los lineamientos de un sedentarismo esbozado.

En el trayecto, nos encontramos con otro al que probablemente no volveremos a ver, una alteridad gratuita, una pura alteridad. El gran número de relaciones contraídas en lugares distintos al territorio habitual se diluyen, se evaporan con el calor y el ruido del regreso al mundo común. Toda intersubjetividad se instala, entonces, sobre el terreno de lo artificial, de la contingencia, de lo que hubiera podido no advenir. De ese modo puede uno descubrirse sin compromisos sociales, sin obligaciones políticas, en el sentido primario del término, desnudo ante un ser que suscita el ejercicio de la palabra y del signo sin porvenir. En ese juego con un tiempo suspendido, fragmentos de inconsciente habitualmente callados remontan a la superficie y producen efectos: inquietud o entusiasmo, horror o arrebato, repliegue o efusión, placeres centrípetos o deseos centrífugos. En todos los casos, una dinámica trabaja el alma con ahínco y le prohíbe el reposo.

Viajar conduce inexorablemente hacia la propia subjetividad. Ya sea esta parcelada, fragmentada, esparcida o compacta, en bloque, uno acaba siempre por encontrarse frente a sí mismo, como ante un espejo que nos invita a hacer balance de nuestro trayecto socrático: ¿qué he aprendido sobre mí? ¿Qué puedo saber con mayor seguridad que antes de mi partida? Los filósofos de la Antigüedad griega conocían la función formativa del desplazamiento. Todos surcaron la cuenca mediterránea, fueron de Europa a África, viajaron hacia Oriente Próximo y luego hacia el Extremo Oriente: Libia, y luego a Egipto, Mesopotamia y luego a China o a la India. Grecia,

matriz de nuestro continente europeo, se inspira en esas aguas del Mediterráneo sobre las que fueron dirigidas hacia Atenas la astronomía, las matemáticas, la filosofía, el comercio, la poesía, la geografía, la geometría, la arquitectura y el monoteísmo.

Pitágoras, Demócrito y Platón fabrican Occidente adaptando las cifras y los números egipcios, desplegando los mapas celestes caldeos, escogiendo los saberes gimnosofistas indios o etíopes, disertando sobre las cosmogonías mesopotámicas, visitando a los cirenaicos cerca del desierto líbico, reactivando las enseñanzas recibidas tal vez en China. La virtualidad informática contemporánea acusa mayor lentitud que los barcos que cruzaban el mar que baña Roma y Atenas, Alejandría y Cartago, Beirut y Génova. Las redes de la época funcionaban con rendimientos considerables, los hombres circulaban en buena cantidad al mismo tiempo que los bienes, las riquezas, pero también las ideas. Viajar suponía entonces emplear esos corredores, mezclarse con las energías que irrigaban el territorio mediterráneo a partir de países próximos y culturas circunvecinas. Ir de un lugar a otro, ayer como hoy, responde menos a la experiencia histórica o geográfica cuantificable por Braudel que a la experiencia ontológica y metafísica medible por los filósofos, los poetas y los artistas. Más allá de la historia cuantitativa aparece, frágil y nueva, una geografía poética.

Intervalo II

Recuperar un lugar

Después del tiempo ascendente del deseo y del tiempo excitante del acontecimiento llega el tiempo descendente del retorno. No hay viaje sin reencuentro con Ítaca, que da al desplazamiento su sentido mismo. Pues un perpetuo ejercicio de nomadismo se saldría de los límites del viaje para entrar en la errancia permanente, el vagabundeo. Incluso los nómadas practican un género de sedentarismo, ya que realizan trayectos habituales, se instalan en la rutina de un desplazamiento, siempre el mismo, y utilizan igualmente referencias como matorrales secos, montones de piedras, rastros y huellas hechas por animales, leen siempre de modo similar el mapa de las estrellas o el de los movimientos del sol, pero también porque van a lugares en los que tienen lugar sus costumbres, sus prácticas tribales y rituales del arte de ocupar los suelos.

Ni el sedentarismo continuo me gustaría, ni el nomadismo permanente me fascinaría: las raíces, lo local, la vida en un lugar que se mantiene idéntico desde hace tiempo no pueden contemplarse sin un recurso regular a desplazamientos por todo el planeta. No puedo vivir, trabajar, habitar la provincia bajo-normanda, y sobre todo evitar París, sino por la constante posibilidad de un ir y venir a escala trasatlántica, trasmediterránea, africana o europea. Entre la fijeza de las lapas y la furiosa locura de los paramecios, se puede aspirar al desplazamiento animal, ciertamente, entre el paso silencioso de la fiera, de vida intensa, violenta, y el largo vuelo libre del ave sedienta por embriagarse de cielo. Ni la existencia prendida como una mariposa por un alfiler en el éxtasis entomológico, ni la vida inestable y vacilante de las cotidianidades sin destino me convienen, entiendo el viaje como un momento que es parte de un movimiento más general, y no como un movimiento por sí solo.

Máxime cuando el reencuentro con el domicilio da un sentido, su sentido, al nomadismo; y viceversa. La alternancia de partidas y regresos permite

una verdadera definición del habitar como la entendía Heidegger. ¿Cómo frecuentar el lugar de la residencia elegida, de las costumbres, del ritual y de las referencias? ¿De qué manera restablecer, en el artificio y según los principios de la cultura, los impulsos del comportamiento distinguidos por la etología? ¿Qué relaciones mantienen la casa y la madriguera, la superficie de un apartamento y el territorio marcado por las deyecciones de un animal? ¿Qué proximidad hay entre lo que pasa detrás de la puerta, tras el giro de llave del regreso, y la disposición troglodítica de un mamífero terrestre?

Pues la vivienda no se confunde con la ocupación pura y simple de un lugar. No basta con disponer algunos efectos, alguna vestimenta, en un espacio para hacer de eso un domicilio. En el acto de habitar se concentran prácticas de archivo cotidiano, ciertamente, pero se articulan igualmente costumbres, rituales sin los cuales la inquietud no se conjura, sino que perdura y menoscaba el cuerpo y el alma. Alojarse de manera pasajera no significa morar ni haber instalado la propia morada. La etimología nos dice además que entre instalar la propia morada en un lugar preciso, morar en algún sitio de manera recurrente, la moratoria, o demorarse, existe evidentemente una relación íntima: en todos esos casos se ha de tardar. Tardar en considerar irse, en volver a irse, en la liquidación de una deuda o en llegar a algún sitio o a algo.

Habitar significa por tanto tardar, demorarse, en torno al hogar, a la manera prehistórica, junto al fuego que calienta, aleja del peligro de los animales y protege de las inclemencias del tiempo. Con la habitación se entiende también la guarida de los animales escondidos de los predadores y al abrigo de los riesgos que se corren por la lucha consustancial al hecho de vivir en un mismo espacio. La guarida se emparenta con el cubil, el escondite, la madriguera, el refugio. De nuevo aquí la etimología informa, pues señala el parentesco con yacer[3], estar tendido. Reposar, dormir, reponer las fuerzas, cuando no instalarse para la eternidad en posición yacente, incorruptible, petrificado en el mármol de la muerte, similar a sí mismo para siempre.

El reencuentro con el lugar que se habita habitualmente permite, a la manera, a veces, de un Littré lexicógrafo dotado para las hipótesis, acercar habitus, hábito, habitación, habitar. El domicilio señala el lugar donde los riesgos son menores y donde se depositan en el suelo las armas, los bagajes,

lo que estorba en el tiempo normal. Las leyes de la hospitalidad lo dicen: bajo un techo, la protección es algo debido. Después del viaje, del movimiento, de la efervescencia, el regreso a casa (también ella fijada en la etimología de un «quedarse»[4]) concede la recuperación de las fuerzas y las energías gastadas. Pone trabas a la histeria del movimiento que, de otro modo, induciría a un girar sin fin.

No volver a casa nunca, estar siempre dando vueltas, produciría una embriaguez de derviche. Recorrer el mundo como libertino supone pensarlo luego como benedictino. La casa vale tanto de celda monacal como de madriguera. Se organiza en torno a la biblioteca, los papeles, las anotaciones, los archivos, los cuadernos, las libretas, las fichas, los proyectos de escritura. Pero también en torno a lo que Charles Fourier llama una pasión pivote: una figura, una persona en torno a la cual se organiza el hogar y que mantiene el fuego activo mientras se aplaca sobre la rotundidad del planeta una pulsión cazadora y nómada, dinámica e imperiosa. Volver a casa permite reanudar el estado de espíritu de los individuos que regresaban a la caverna después de haberse cruzado en una naturaleza inquietante con mamuts, ciervos, uros y renos peligrosos para ellos.

Todos los grandes viajeros vuelven al remanso, al puerto, después de los «rugientes cuarenta», las peripecias planetarias, las escapadas salvajes y arriesgadas. Cuando los vikingos descubren América —bastante antes que Cristóbal Colón—, dejan las costas escandinavas, atraviesan el Atlántico, arriban a América del Norte, permanecen algún tiempo y luego parten en dirección a su tierra natal. Asimismo, los múltiples trayectos de viajeros impenitentes como son Victor Segalen, Ella Maillard, Nicolas Bouvier, Bruce Chatwin, Jacques Lacarrière, Kenneth White o Michel Le Bris no excluyen de sus vidas la serenidad de un hogar, al contrario: Brest, Chandolin junto a Ginebra, Cologny en Suiza, Sheffield en Gran Bretaña, Sacy en la Borgoña, Trébeurden y Térenéz en Bretaña. Ninguno de ellos, y no nos sorprenderá saberlo, eligió domicilio fijo en París…

El lugar dejado y luego recobrado ofrece el eje sobre el que oscila la aguja de la brújula. Sin él, no hay puntos cardinales, no hay rosa de los vientos, no hay posibilidad de desplazarse ni de organizar una cuadrícula sobre los mapas del mundo. Sobre él tiembla el acero que indica el norte magnético y, frágil, vibra. Sin ella, ninguna dirección, ningún viaje de ida ni de vuelta es posible. Una cartografía sin indicaciones direccionales no

ofrece ningún interés, no tiene sentido alguno. Tampoco cuando falta una escala. El domicilio hace de brújula, cuya etimología remite a la forma original, una caja pequeña, como la casa.

Solamente Dios, si creemos a Pascal, se permite el lujo de existir como una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Aparte de él, privilegio ligado a su condición, ningún ser humano se mueve sobre el planeta sin un punto de referencia, un mojón clavado en tierra, fijo y susceptible de ser localizado. La posibilidad de perder el norte deja entrever a qué corresponde la ausencia de gnomon en una existencia o un viaje. La errancia designa tanto al asocial definitivo como al enfermo mental, comienza cuando no se da el puerto de atraque, el punto de anclaje. Sin la retención del cuerpo hay que temer la confusión definitiva del alma. ¿Será esa una lección enunciada post mórtem por Nietzsche?

El mundo, por tanto, vasto y reducido a la vez, con el yo de cada cual en su centro, el viaje como invitación a dibujar, para uno mismo, una rosa de los vientos y el domicilio donde asentar y cultivar esa identidad, he aquí pues algunas referencias en un cosmos a priori sin alegría. La geografía sirve por de pronto para elaborar una poética de la existencia, para encontrar ocasiones de hacer funcionar el propio cuerpo como una bella máquina sensual, capaz de conocer al ejercer cada uno de los cinco sentidos, solos o combinados, a la manera de la estatua de Condillac haciéndose aroma y perfume en presencia de una rosa. Un mapa, una brújula, una escala: instrumentos útiles todos ellos para el conocimiento de uno mismo y para la elección de sus movimientos. Llegado el momento del tránsito, una existencia se reduce a un conjunto de trazos sobre un mapa apergaminado.

Volver a es también venir de. En este caso, recuperar el intervalo de la ida, pero con otro estado de ánimo. El vacío de sensaciones y el pleno de hipótesis de la partida ceden su lugar al pleno de sensaciones y al vacío de hipótesis: hemos visto, olido, gustado, tocado, hemos experimentado el contacto con una realidad crepitante y radiante en todo su esplendor. Los recuerdos sustituyen a las esperas, las verdades antes informes borran las conjeturas que asediaban al espíritu excitado por la perspectiva del desplazamiento. El primer intervalo supone lo desconocido, el segundo lo

realiza. De una antigua disponibilidad instalada en los parajes de la expectativa hay que extraer la nueva saciedad de un descubrimiento efectivo.

En el intervalo del retorno triunfan el desorden, el caos, la embriaguez, la abundancia. Experimentamos la confusión y la mezcla de sensaciones, seguidas de la incoherencia de percepciones. El disfrute inflige sobresaltos en medio del lío de informaciones cosechadas por un cuerpo que ha funcionado a pleno rendimiento. Después del encanto del acontecimiento, la fiesta de lo real, el regreso enturbia las aguas y apela a una auténtica decantación. Los cielos encapotados, pesados, cargados y luego barridos por el soplo del espíritu quedan borrados en beneficio de un éter lavado, límpido y claro. En la fatiga del regreso se preparan las síntesis venideras.

El estado de ánimo es equiparable a una vacilación. Todo, en bloque, pesa y nada se distingue todavía. ¿Cuál es el mejor recuerdo? ¿Qué lección retenemos prioritariamente? ¿Qué hemos aprendido sobre nosotros mismos, sobre los demás, sobre el mundo? ¿Podemos, desde ahora mismo, concluir, resumir, condensar dos o tres ideas esenciales, tres o cuatro momentos importantes? ¿Dónde vamos a encontrarnos más ricos por haber recorrido los paisajes de otro lugar que en nuestra cotidianeidad familiar?

O también: ¿qué peor recuerdo? ¿Qué malos descubrimientos?¿Qué hallazgos desesperantes a leguas de casa? ¿Qué tristes certezas? Todos esos interrogantes esperan resolución. La hora del intervalo del regreso conviene más a la necesidad de acabar con la fatiga que satura el cuerpo, incandescente por la tensión del viaje, que a la urgencia de responder a la preguntas afluentes. Antes del momento del grabar en la memoria y de la evaporación en el inconsciente, el instante requiere una vuelta a ritmos más lentos, más tranquilos.

Además, volver es decidir no quedarse, dar a lo que parece adquirido y definitivo, en este caso el domicilio, una confirmación nueva, una validación suplementaria. Cumplida la peregrinación, la casa se convierte en una evidencia. Las raíces adquieren su significado cuando la florescencia ha podido realizarse. Entonces se constata el equilibrio del árbol. Las fijaciones subterráneas por sí solas o la sola rama llena de hojas, de flores o de frutos están desprovistos de sentido. El arraigo justifica el nomadismo y viceversa. Optar por el reencuentro con ese conjunto de apaciguamientos que genera el estar en casa conduce a una armonía consigo mismo, en

particular cuando el viaje induce a tiranteces entre esas dos modificaciones de la misma instancia.

A poco que se sufra un desajuste horario, el eco del lugar lejano resuena todavía en carne viva durante un cierto tiempo. Dolores, agujetas, anquilosamientos, hinchazones, obstrucciones, edemas, congestiones, el cuerpo conserva con mayor seguridad la memoria del acontecimiento que el recuerdo superficial o la memoria visible. El organismo y sus ritmos recuerdan otro tiempo, no tan lejano, pero sin embargo ya muy lejos. Duraciones que colisionan, contabilidades y recuentos confusos, enmarañamientos de referencias temporales y espaciales —¿dónde estoy?, ¿qué hora es?—, todo converge hacia una confusión del ser, una conmoción existencial.

La fatiga atraviesa la carne, el sueño llega mal, demasiado pronto o demasiado tarde, y luego despierta las fantasías y las alimenta. El sueño, del que pienso que ofrece la ocasión del orden y del sentido liberados luego por la mano sobre el papel, se apodera de las informaciones dadas desordenadamente por el viaje. Colores, perfumes, sonidos, palabras, imágenes, paisajes, olores, emociones, todo entra en colisión en el espacio mental de las noches profundas. Los ritmos fisiológicos se reconstituyen en la oscuridad de los sueños reparadores. Durante ese tiempo, la carne se somete, los organismos modifican sus respiraciones, sus cadencias respectivas, la pesadez muscular e intelectual deja su sitio a una mayor ligereza. La circulación sanguínea, la presión cardiaca, las veladas reorganizadas, el regreso de lo social, todo trabaja en la pérdida del tiempo transcurrido, en su reformulación ante la perspectiva de un tiempo recobrado. Bajo el techo que alberga el adormecimiento se tejen los hilos de una historia en trance de endurecerse, de cristalizarse. Las claridades diurnas se alimentan sin interrupción de los deslumbramientos nocturnos.

Después

Cristalizar una versión

Para que cobre sentido, el viaje gana con su paso por un trabajo de fijación, de compresión. De lo Diverso primitivo a lo Uno definitivo se impone una ascesis intelectual. Porque si no se tiene cuidado con ella, la memoria nos fabrica, más bien que hacerlo a la inversa: pues se suele preferir que la voluntad trabaje en construir la memoria. Lo que no entra dentro de una forma nítida y precisa se diluye, se va, se esparce. El recuerdo se formula por la secreción de residuos en abundancia. La multitud de informaciones que asaltan el cuerpo no puede subsistir como tal. La selección severa aparta la anécdota para permitir que el espíritu se concentre en lo esencial: emociones cruciales, percepciones cardinales. Entonces se edifica un mundo.

Vivimos una época de renuncia a la memoria. Todo contribuye a ese holocausto del recuerdo. Los antiguos, dispensados de la abundancia de máquinas a las que confiamos la preocupación de acordarse en nuestro lugar, habían desarrollado una cantidad increíble de procedimientos mnemotécnicos, cada uno de ellos más extraordinario que el otro. Apoyándose en la estructura de las habitaciones de una casa o en sus distribuciones fácilmente memorizadas en el espacio, los retóricos y los oradores invitaban a asociar los puntos fuertes de una demostración con rincones, ángulos, líneas, volúmenes con el fin de simplificar lo complejo y de poder disponer permanentemente de la totalidad de informaciones almacenadas. Al desplazarse mediante las referencias proporcionadas por la vivienda mental recobraban, cada uno a su paso virtual, las grandes entradas de su discurso. Igualmente, memorizaban una cantidad incalculable de hechos y gestos, de palabras e ideas.

A día de hoy, los soportes en papel, eléctricos, magnéticos y finalmente informáticos destronan a la materia gris y a las entrenadas sinapsis. Erramos por el universo junto a máquinas superpoderosas, pero dotados con un

cuerpo disminuido, empobrecido, incapaz de elementales operaciones de memoria. El cuerpo funciona cada vez menos como un operador sensual y se mecaniza a la manera de la máquina simplicísima de los orígenes de la ingeniería. Nuestras identidades se forman con materias pobres, recuerdos escasos y memorias vacías. La revolución metafísica en curso concierne a ese hombre ausente de sí mismo, incapaz de disfrutar de las facultades de su cuerpo: poder de los sentidos y talento para los recuerdos.

La memoria se trabaja, se ejerce, se solicita, ella procura ser, si no, perece, muere, se seca, hecha un ovillo consigo misma, hasta hacerse una cáscara vacía para un ser vacío. La imprenta, el grabado, la fotografía, el cine, el magnetofón, la calculadora, el ordenador aumentan las memorias artificiales, ciertamente, pero al mismo tiempo reducen las posibilidades mnemónicas humanas. El ojo ve menos, la nariz y la boca ya no perciben, el tacto amengua, el oído retrocede, aturdido por los ruidos perpetuos y los parásitos de decibelios redundantes. En adelante, lo real se presenta bajo su única modalidad presente, en el puro instante, sin raíces ni prolongaciones.

Reactivar la fijación de los vértigos, retomar las anotaciones, los cuadernos de bocetos, las fotos, los billetes, las agendas, los papeles varios, consultar otra vez los soportes a los que hemos confiado nuestras impresiones, todo ello solicita la memoria con eficacia. Nos volvemos a sumergir en el revoltijo de las impresiones inmediatas detenidas en el tiempo pudiendo extraer lo esencial y hacer que remonten a la superficie las porciones de luz con las que se construye el recuerdo. La obra se anuncia, antes de enunciarse, en ese trabajo voluntarista. Futuro que se prepara con el pasado, y así el presente se ve densificado, endurecido, más coherente, más consistente. Ordenar las huellas desatasca y pone en forma el alma. De vuelta en casa, sobre el escritorio, los relieves se acumulan. Entonces se esbozan un trazo nítido, una línea franca, un dibujo seguro.

El cotejo de documentos puede redoblarse con la narración hecha a un tercero. Relatar es también organizar. Los griots africanos, los que gustan de las charlas a la sombra de los baobabs en los pueblos subsaharianos, los antiguos cuentacuentos, los decidores koryakos, los chamanes hiperbóreos transmiten orden y sentido dirigiéndose a las asambleas, teniendo en vilo a los individuos reunidos en torno a ellos. Los dioses y sus historias, los ritos y sus sabores, las cosmogonías y sus misterios, los mitos y sus razones atraviesan las épocas, en tiempos en los que la civilización se reduce a la

oralidad, mediante el único transporte de palabras y verbos. Volver a trazar un periplo reitera el periplo: al decirlo una vez, vivimos dos veces. Decirlo tres veces es vivirlo cuatro.

En la narración, gracias a ella y por ella, la memoria emprende trayectos que quedan congelados y adquieren una forma a punto de hacerse indeleble. Generalmente, cuando un viaje se formula por primera vez de una manera, a esta se la ve reaparecer extrañamente como un guía, un orden, una organización ritual. Como por encanto, el vínculo persiste, pese al tiempo transcurrido. En perjuicio de los testigos que ya han oído contar la historia varias veces, las mismas palabras, los mismos giros, las mismas respiraciones, incluso las mismas agudezas llegan a los mismos lugares. La música, el ritmo y la cadencia con los cuales ha tomado forma lo diverso se fosilizan hasta el punto de hacer obligatorio el hilo conductor, el sentido de los pasajes y la distribución de las anécdotas. El relato se confunde con la historia, abraza su trama y su espesor, la forma guía al fondo.

A la manera de los movimientos en una obra musical, la propuesta de historia se cierra en su epifanía: como un cuarteto de Haydn —moderado, lento, bastante rápido, fugado—, una sinfonía de Brahms —alegre, pero no demasiado, lento, pero moderadamente, alegre y feliz, un poco menos rápido, alegre enérgico y apasionado, más rápido—, o una pieza de Dutilleux —encantador, lineal, obsesivo, tórpido y resplandeciente—. La memorización se lleva a cabo sobre el principio de una melodía, de una repetición, de un tema obstinado, de una variación, de una fuga, de un contrapunto. Poner música a lo real obliga a que aparezca según modos fácilmente perpetuados.

Dos, tres, cuatro veces contados, los detalles, las peripecias y las anécdotas se enganchan, se deducen, se llaman, aseguran la coherencia del conjunto. Hablar de un acontecimiento —el viaje, pero no solamente— es clasificar y disponer en fórmulas, recoger y conjurar la dispersión, matematizar el mundo y hacer posible su poetización, en especial produciendo los arabescos y el barroquismo necesarios en los límites mismos de un movimiento: presentación de los hechos, esbozo de un enigma, dramatización, tensión, resolución en la contención, esbozo de los desenlaces, conclusiones propuestas en cascada. La poética apela a la retórica.

Reducir lo diverso a una proposición formal permite poner las bases de una novela lógica, instalarla en una mecánica conceptual, espiritual y metafísica en la cual evoluciona a la manera de un animal rastreado pero jamás localizado. En el juego chamánico, oral, retórico, teatral, verbal, la diversidad abierta, propia de lo real, se focaliza sobre una diversidad clausurada, cerrada sobre sí misma, propia del relato. El recuerdo nace de esas operaciones de cristalización y de cierre, de endurecimiento de la materia antes ligera y maleable. El verbo lacra un acuerdo privado y produce el documento, o el archivo, susceptibles de cotejos y consultas.

De hecho, la experiencia procede del viejo sueño de Mallarmé: hacer llegar lo real al texto, transfigurar la vida en experiencias susceptibles de acabar en un libro. La prosa del mundo, la escritura sobre uno mismo, la retórica mnemónica, la poética de la geografía se mezclan para producir un compuesto singular, químicamente puro: memoria extendida sobre el mármol, plegada en el verso o colada en el bronce. Solamente la experiencia escrita permite rendir cuentas de la totalidad de los sentidos. Los otros soportes sufren de indigencia con relación a sus concurrentes: la acuarela, el dibujo, la foto atrapan lo real en una de sus modalidades —el color, la línea, el trazo, el dibujo, la imagen—, nunca en su integridad.

El poema, como quintaesencia del texto, pero también la prosa, pueden, como contrapartida, generar y captar un aroma de jazmín en un jardín de Oriente, una luz sobre una ciudad reflejándose en las aguas de un río, una temperatura tibia en una selva tropical saturada de perfumes de tierra, de humus y de hojarasca en descomposición, el rumor de un arroyo disimulado en el bochorno o la humedad de semejante lugar. Solo el verbo contiene los cinco sentidos y más. El trayecto conduce cosas a las palabras, vida al texto, viaje al verbo, de sí mismo hacia sí mismo. En la operación que conduce desde el universo infinito a su fórmula puntual y momentáneamente culminada se sintetizan fragmentos de memoria transfigurados en recuerdos centelleantes.

Decir el mundo

Sin embargo, el mundo resiste a las tentativas de ponerlo en palabras. El sesgo poético, ciertamente, permite la aproximación más sutil, pero también la más volátil. Cuanto más abunda la imagen o las sinestesias mejor aparece el epicentro de lo real, pero también más se muestra frágil, delicado, evanescente. El poema se lee, se relee, se medita y alcanza el éter, apelando sin cesar a una reactivación de la lectura. El Ecuador o el Asia de Michaux invitan a la meditación, a la aprehensión lenta, al tiempo lúdico, igual que el México de Antonin Artaud. Poetas, es verdad, pero geógrafos seguramente no. Puesto que las dos disciplinas se ignoran desde siempre. Herodoto y Estrabón, por un lado, Píndaro y Teognis por otro, no hay punto de paso entre los dos universos.

Los filósofos, globalmente, son negligentes con la geografía. La historia les permite pensar la política, pero la escritura de la tierra —eso significa geografía en griego— no aporta ninguna aprobación y parece aparentemente inútil en lo inmediato. Los dos mundos, sin embargo, pueden comunicarse para alumbrar una poética de un género presocrático o «bachelardiano»: basta, para hacerlo así, con apelar a una retórica de los elementos, a una metafísica de la tierra y del fuego, a una ontología del aire y del éter, a una lógica de las materias y de los flujos, en una palabra, a una estética. La etimología señala el parentesco de la palabra con la facultad de sentir o de percibir lo sensible. Una poética de la geografía genera una estética materialista y dinámica, una filosofía de las fuerzas y los flujos, de las formas y de los movimientos.

Por supuesto, se piensa en Deleuze y en su tratado de nomadología, en sus múltiples mesetas, sus máquinas abstractas y su «desterritorialización», sus estratos y planes de consistencia, sus líneas de segmentos y sus flujos con sus quanta, sus puntos, sus devenires y sus bloques, sus paisajes melódicos y sus exposiciones sobre lo natal, lo liso o lo estriado. En *Mil*

mesetas encontramos múltiples consideraciones útiles para los geógrafos para elaborar un discurso moderno y conceptualmente sólido. Me parece encontrar reminiscencias del trabajo deleuziano en la geografía coremática aparecida en la década de 1980. Esta permite, cuando se viaja, ver mejor los paisajes, captar mejor el acontecimiento en los pliegues de la tierra, sobre la corteza terrestre, en la superficie de las geologías.

Me gusta, al mirar por las ventanillas de los aviones, ver encarnada la geografía, comprender movimientos que, de pronto, se hacen inteligibles gracias a los coremas de Roger Brunet. Ciudades, grupos de aldeas, carreteras en las montañas, geologías caprichosas, el reparto de la luz del día en los valles, sombras en las solanas, luces en las umbrías, líneas de ferrocarril, distribución de campos, me gustan los espacios amarillos de la colza, verdes del trigo verde, violetas o malvas de lavanda, me gusta ver el recorte de las orillas, las costas del litoral, las corrientes y los juegos de colores en el mar, las redes hidrográficas, lagos, ríos, estanques, ciénagas transformados por el sol en violentos espejos, me gusta ver pasar los coches, pequeños trazos lentos por las carreteras, ver circular a los trenes, largas serpientes ondulantes, ver deslizarse a las barcazas, pesadas y lentas, o ver caminar a los humanos, fútiles y esenciales.

Toda esa diversidad vista desde el cielo consiste en un sabio arte de combinatorias reveladoras de un verdadero desciframiento del mundo, una auténtica lectura de la realidad geográfica. ¿Qué es, pues, la geografía coremática? Un alfabeto de signos, los coremas, capaces de exponer todas las organizaciones espaciales legibles en los paisajes. El observador indolente que se asoma hacia tierra por su ojo de buey puede, con ayuda de esas categorías de la razón pura geográfica, leer, descifrar, comprender, operar inteligentemente con su visión. Con lo real sensible a las categorías inteligibles, el viajero efectúa él mismo la operación, activa la procesión, por decirlo en términos plotinianos.

De ahí el auténtico disfrute de la inteligencia del viajero y del observador si sabemos acordarnos que la palabra procede del arte de poner en perspectiva instancias que, a priori, parecen no tener ninguna relación. Un bosque y un área, un camino y una línea, un pueblo y un punto, un paisaje y una red —ya que punto, línea, área y red proporcionan las cuatro entradas a las que poner en perspectiva con siete columnas que significan las estructuras elementales del espacio: mallado, cuadriculación, gravitación,

contacto, tropismo, dinámica territorial y jerarquía—. Con la ayuda de las cuatro referencias en abscisa y de las siete en ordenada se obtienen veintiocho figuras cardinales cuya disposición permite descifrar la tierra.

En el fragor del avión que evoluciona a mil metros de altura puede entonces uno entretenerse en buscar, y encontrar, áreas en contacto, sembrados urbanos, redes en malla, pueden verse disimetrías en juego, localizar gráficas, constatar enlaces preferenciales, puntear rupturas, distinguir interfaces, seguir líneas de partición, sorprender cabezas de red, ejes de propagación o áreas de extensión, puntos atraídos y superficies de tendencia. La diversidad de lo real y concreto se simplifica gracias a la parrilla de lectura útil para la decodificación de lo que obra el paisaje y la naturaleza trabaja.

Sobre el suelo, de regreso en tierra, habitamos esas figuras que ya son otra cosa después de la sorpresa de su coherencia vistas desde el cielo. Nos movemos de manera diferente en un lugar previamente visto desde un avión, englobado, según la hermosa palabra que reduce tal operación intelectual a darle a su sentido forma de globo, una esfera perfecta como una mónada de Leibnitz. Atravesar campos de fuerza, pasar la línea invisible de un interfaz continental, penetrar un arco, incluso encontrarse en presencia de una banana azul, de geones o de taxones, he ahí materia para pensar, meditar, soñar. Esa tabla de Mendeleiev de la geografía se declina mediante gramática y sintaxis productoras de un estilo de lectura, de una poética generalizada del viaje.

Evidentemente, los profesionales se resisten a este nuevo método, demasiado poético y demasiado filosófico, demasiado impreciso y demasiado conceptual, demasiado Estrabón y Píndaro a la vez. Si podemos suscitar alguna objeción por lo que tiene de aventura, más vale destinarla a mejorar la parrilla que a invalidar el modelo entero. Los coremas, se dice, sirven para dar nombre al trabajo que la geografía clásica produce previamente. ¿Entonces? Nombrar es crear, hacer advenir, es sintetizar, dar un orden, hacer posible una rigidez intelectual que la geografía pide muy a menudo a las matemáticas —a las que se puede hacer decir todo—, es filosofar como demiurgo.

No puedo evitar, después de haber conocido la geografía coremática, ver las cosas de otro modo, constatar el funcionamiento de mi ojo ante los paisajes, más curioso, más juicioso y más excitado. Por lo tanto, viajar de

manera diferente. Los bloques continentales, los flujos marítimos y aéreos, las situaciones espaciales de puertos y aeropuertos, las carreteras y autopistas, ciertamente, pero también los caminos campestres y los senderos forestales de mis primeros años en Normandía, los ríos inmensos de mis viajes trasatlánticos, pero igualmente el río de mi pueblo natal, las selvas del continente sudamericano, pero no menos los bosques, las pinedas de mi infancia, las vegetaciones extravagantes de Rusia, los desiertos africanos, las pequeñas islas que constelan el contorno danés, pero también el boscaje del Pays d'Auge, la llanura de Argentan, el nacimiento del macizo armoricano, mis paisajes fundadores.

Por todas partes alrededor del planeta se leen y se ven, cuando se aprende a leerlos y a verlos, puntos de localización, líneas de enlace, flujos generadores de desequilibrios, pasos abiertos y cerrados, crecimientos y decrecimientos, atracciones y repulsiones, aureolas y bandas, cabezas de red y áreas de drenaje. Esas formas puras se disimulan en encarnaciones complejas, en figuras sensibles y concretas. La geografía coremática, más que ninguna otra, ayuda a detectar esos contornos de otro modo condenados a permanecer ocultos, travestidos, complicados. Proporciona los medios intelectuales de una captación global y particular, universal y singular. Cuando danzan ante los ojos del viajero esas categorías sintéticas, el trabajo poético se hace posible. Es el de la ensoñación y la meditación, del sentimiento y la sensación. Una poética de la geografía supone ese arte de dejarse empapar por el paisaje, además de una voluntad de comprenderlo, de ver en él las disposiciones, antes de partir hacia las regiones lúdicas donde el poeta sigue al geógrafo y al filósofo, como complemento, no como enemigo. Entonces se acerca uno a la estética de lo Diverso contemplada antaño por Segalen, preocupado por las huellas poéticas inmemoriales.

Coda

Plantearse una continuación

Saberse nómada una vez basta para persuadirse de que volveremos a irnos, que el último viaje no será el final. Salvo si la muerte se aprovecha de un trayecto para acogernos… La pasión del viaje no abandona al cuerpo de quien ha experimentado los violentos venenos del cambio de aires, de la expansión del cuerpo, de la soledad existencial, de la metafísica de la alteridad, de la estética encarnada. Al menos, así lo imagino. Salvo, tal vez, cuando la carne ya no responde, que la llama vacile, se enrarezca en las inmediaciones de un anunciado fin de vida. La vitalidad de los grandes viajeros me fascina. El mal fulminante, el final brutal pueden impedir la pérdida constante de energía y la entropía generalizada. El misterioso final de Segalen exangüe al pie de un árbol, en los bosques de Huelgoat, con un Shakespeare en la mano, me parece emblemático: no morir bajo un techo, sino fuera, bajo el cielo o las estrellas, viviendo.

La búsqueda de uno mismo se acaba en el momento del último aliento. Hasta el borde de la tumba, se trata de seguir anhelando siempre la fuerza, la vida, el movimiento. El mundo rebosa de volcanes a los que superar, de orillas en las que meditar, de ríos por los que descender, de rutas a emprender, de trenes y aviones que tomar, ofrece sin discontinuidad albas, auroras y crepúsculos, lluvias y soles incandescentes, desiertos y montañas, bosques y campiñas, propone auroras boreales y parhelios, arco iris y tornados, nubes, esas maravillosas nubes, climas y magias, invita a franquear trópicos, a cabalgar el ecuador, ir más allá del círculo polar, bañarse en el océano Índico, visitar las pirámides, la muralla de China o los templos incas. La multiplicidad de paisajes se enfrenta a la singularidad de las ciudades, lo diverso desaparece de las megalópolis pero no abandonará nunca los arrozales asiáticos, la bahía de Along, la tundra siberiana, la selva amazónica, el desierto sahariano, los paisajes europeos, las orillas mediterráneas.

Algunos vuelven de manera compulsiva a lugares ya visitados, recuperando hábitos de sedentarios en el corazón mismo de la experiencia nómada: ir cincuenta veces a Vietnam, cien veces a Japón, volver siempre a los mismos lugares, ¡qué extraña idea! Esos compulsivos me hacen pensar en los sacerdotes que leen durante toda su vida el mismo misal, ignorando la riqueza y la variedad de las bibliotecas. La geografía del planeta vale ante todo para la diversidad, la diferencia, la multiplicidad. Satisface la pasión por lo novedoso, por lo nuevo y por la extravagante novedad. Volver a ver aquí impide ver en otros lugares, permanecer repetidamente, incluso en las antípodas, agota las posibilidades nómadas y los fuertes efectos del viaje sobre el cuerpo y el alma. Nos arriesgamos a instalar el sedentarismo en el centro mismo del principio nómada.

Viajar para penetrar en el misterio y los secretos de una civilización conduce al encuentro con malentendidos. La ilusión racionalista e intelectualista preside esa idea, falsa, de que se puede trabajar en profundidad. El espíritu del geógrafo no debe confundirse con el del geólogo, minero extractor y excavador de fallas. El primero recorre el planeta y se complace con el movimiento por el contorno del mapamundi, el segundo se instala y cava su agujero, horada una madriguera para enterrar en ella su energía y su curiosidad. La captación de lo Diverso contradice la apuesta por lo Mismo, y en cambio se inicia en la voluntad de multiplicar lo Otro. El exota de Segalen quiere lo Diverso, lo solicita hasta la extenuación, se corresponde con el personaje conceptual —la figura filosófica necesaria, según Deleuze— encargado de expresar la pulsión nómada y el gusto por la novedad.

Plantearse una continuación supone, por tanto, menos la repetición que la innovación. Las ocasiones de partir pueden ser aleatorias: abrir un atlas, cerrar los ojos, apuntar hacia un país, decidirse por una región inesperada, confiar, cuando se tiene esa suerte, en las invitaciones ofrecidas para surcar el planeta, aceptar los sueños de la infancia, acceder al anhelo de otro lugar de una persona querida, partir siguiendo el rastro de un poeta, de un filósofo o de un artista amados, para explorar una geografía sentimental encarnada, en búsqueda de una poética de la geografía, conforme al espíritu de Bachelard, que habla de una poética del espacio y de un derecho a soñar. La prosa del mundo se puede descifrar, según la lección del filósofo borgoñés, a la manera del agua, de la tierra, del fuego, de las nubes, de los sueños, de

las fantasías, de un granero, de una casa, de una caracola, de la llama de una candela o de un fuego. O de un poema. Pues el poema del mundo requiere sin cesar de propuestas de desciframiento.

NOTAS DEL TRADUCTOR

[1] El autor se refiere a Arthur Rimbaud.
[2] Personaje de *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert.
[3] Onfray se está refiriendo al parentesco etimológico entre *gîte* (en español «madriguera», «guarida», pero también «yacimiento») y *gésir* («yacer»).
[4] El autor se refiere a la relación etimológica de la palabra *maison* («casa») con la latina *manere* («quedarse, permanecer»).

Una guía para quienes quieran sentirse viajeros, y no turistas.

Por Michel Onfray, autor de *best-sellers* como *Tratado de ateología* o *Antimanual de filosofía*.

«Todo viaje es iniciático.»

Michel Onfray convierte el viajar, uno de los sencillos placeres de la vida, en un estimulante tema de reflexión. Además de ser una invitación a soltar amarras, este libro tiene el poder de prolongar la emoción y el sabor del viaje a través de la filosofía y la literatura, de la historia y la mitología.

Deseo de partir, preparativos sumidos en lecturas, elección del medio, entusiasmo y sorpresa a la llegada, despertar de los cinco sentidos durante la estancia, toma de notas y fotografías, regreso a casa, elaboración del recuerdo..., todas las etapas cobran en este libro una dimensión filosófica. Teoría del viaje es una declaración de guerra a nuestra tendencia a cuadricular y cronometrar nuestra existencia, y una brillante hoja de ruta para quienes quieran sentirse viajeros y no turistas.

Sobre el autor

Michel Onfray (1959) es doctor en Filosofía y fue profesor en un instituto durante veinte años, hasta que abandonó la educación nacional en 2002 para crear e impulsar la Universidad Popular de Caen. Es autor de unos cincuenta títulos, traducidos a más de veinticinco lenguas. Entre los más destacados están *Teoría del cuerpo enamorado* (2000), *Tratado de ateología* (2005) o *El crepúsculo de un ídolo* (Taurus, 2011).

Título original: *Théorie du voyage. Poétique de la géographie*
© La Librairie Générale Française, 2007
Published by special arrangement with La Librairie Générale Française in conjunction with their duly appointed agent 2 Seas Literary Agency and Salmaialit
© 2016, Juan Ramón Azaola, por la traducción
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1818-7
© 2016, Estudio VACA, por el diseño de cubierta
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Índice

Teoría del viaje
Intrada
  Querer el viaje
Antes
  Elegir un destino
  Aumentar el deseo
Intervalo I
  Habitar el intervalo
Durante
  Hacer realidad la amistad
  Atrapar la memoria
  Inventar una inocencia
  Encontrarse con la propia subjetividad
Intervalo II
  Recuperar un lugar
Después
  Cristalizar una versión
  Decir el mundo
Coda
  Plantearse una continuación
Notas del traductor
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos